

INDIANA JAMES

¡PESTE DE PASTA!

Si hay alguien que tenga miedo a los tiburones o a las pirañas, es porque no conoce las moscas de Tambia.

Les juro que son como pequeños vampiros: insaciables, voraces, persistentes…

Había una en particular que debía de haberse enamorado de mi brazo izquierdo al que acudía una y otra vez, sin darme ni el más mínimo descanso. Estoy seguro de que era una especie de líder entre sus compañeras ya que cada vez que insistía en darme una dentellada (y lo suyo eran dentelladas, bocados, y mordiscos) un buen enjambre de sus colegas se lanzaban sobre mí.



Indiana James

¡Peste de pasta!

Bolsilibros - Indiana James - 43

ePub r1.0
LDS 27.05.18

Título original: *¡Peste de pasta!*
Indiana James, 1988
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

Si hay alguien que tenga miedo a los tiburones o a las pirañas, es porque no conoce las moscas de Tambia.

Les juro que son como pequeños vampiros: insaciables, voraces, persistentes…

Había una en particular que debía de haberse enamorado de mi brazo izquierdo al que acudía una y otra vez, sin darme ni el más mínimo descanso. Estoy seguro de que era una especie de líder entre sus compañeras ya que cada vez que insistía en darme una dentellada (y lo suyo eran dentelladas, bocados, y mordiscos) un buen enjambre de sus colegas se lanzaban sobre mí.

El avión que debía de sacarme de aquel pueblecillo que ejercía de capital de la nación, llevaba varias horas de retraso y yo consumía la espera en deleitarme leyendo el TROPICO DE CANCER de Henry Miller: un delicioso «viejo verde» que recordaba su juventud o, más concretamente, las partes más escabrosas de su adolescencia.

Pero les estoy mintiendo. Realmente lo que hacía era defenderme de los ataques organizados de las moscas.

Un negro correctamente vestido a la europea que leía el «Financial Times» desde detrás de unas gafas de moderno y elegante diseño, elevaba de vez en cuando sus ojos hasta mí y me sonreía amablemente solidarizándose con mis inútiles esfuerzos por espantar las moscas.

Sólo había dos detalles que desentonaban en su atuendo de «ejecutivo Yupi»: el «Financial Times» tenía una fecha de varios años atrás y, además, lo estaba leyendo boca abajo.

Devolví su última sonrisa de solidaridad y decidí dejar la imposible lectura. ¿Quién puede concentrarse en un «polvo» de Henry Miller cuando un grupo de «moscas-Exocet» están haciendo

polvo sus magras carnes?

Por décima vez comencé a recorrer las instalaciones.

El aeropuerto no era más que una serie de casuchas conectadas a la pista de despegue por unos caminos levemente asfaltados. Evidentemente no era un aeropuerto de esos que pueden verse en las grandes ciudades del mundo. Más parecía una obra de «bricollage» de algún aficionado a sueldo del Ministerio de Transportes, que un sitio destinado a recoger aviones y sus pasajeros.

La Torre de Control me recordaba vagamente a los torreones de vigilancia de los campos de concentraciones nazis.

La pista de aterrizaje era más parecida a un camino forestal que a una autopista.

Los hangares de los aviones parecían barracones de una granja de cría de pollos.

Y, desde luego, los salones de viajeros «eran granjas de pollos», o por lo menos habían conseguido imitar a la perfección su misma temperatura.

Moscas, calor, sueño, cansancio… y ni un dólar en el bolsillo.

Ésta es una buena manera de describir mi situación.

A mayor abundancia de desastres: en lugar de anunciar los vuelos por los altavoces, un negro uniformado como el botones de unos grandes almacenes tocaba una trompetilla de latón y, a continuación, anunciaba la salida o llegada de algún avión.

Por fin le oí gritar algo que sonaba como BROSBIL.

Me acerqué y le pregunté.

—¿Ha dicho usted Brazaville?

—¿No lo ha oído? —Me replicó indolente—. Lo he repetido dos veces.

—Ya. Si. Pero… ¿Ha dicho usted Brazaville?

—¿Qué ha oído usted? —Dijo con un tono que me recordaba a mis viejos profesores de la escuela intentando atraparme en falta.

—He creído entender… Brazaville.

Me palmeó calurosamente en el hombro mientras añadía:

—Tiene usted muy buen oído. Y espero que tenga buenas piernas, porque era el último aviso. Todos los pasajeros ya deben estar embarcados…

Afortunadamente no tenía nada que facturar. Mi equipaje se

reducía a mi macuto y las escasas pertenencias que albergaban en su interior.

Saqué la Tarjeta de Embarque y corrí hacia la Aduana.

Tenía razón el «negro-altavoz»: todos los pasajeros debían de estar embarcados. Mi camino hasta la aduana estaba libre y expedito de pasajeros.

El funcionario que debía de poner el sello de salida en mi pasaporte, no tenía otra ocupación mejor que entretenerse contando las moscas que venían tras de mí.

Le tendí el pasaporte, mientras miraba nerviosamente sobre su hombro, a la pista principal, para ver si ya había despegado el avión.

El funcionario lo cogió con gesto de veneración y abrió la primera página cuidadosamente.

—Bonito pasaporte…. ¿Es de piel?

Dejé de mirar a la pista y me concentré en los ojos del funcionario de Aduanas. Si alguien pensaba que mi pasaporte era bonito es porque se desayunaba con ron.

Pero no tenía tiempo para explicaciones: la terminal estaba vacía y tenía miedo de tener que tomar el avión en marcha y viajar abrazado a uno de los trenes de aterrizaje del aparato.

—Sí, es un bonito pasaporte. —Dije con la mejor de mis sonrisas. Y añadí—. Tiene usted buen gusto.

El negro pasó la página y observó mi fotografía.

—Ha salido muy favorecido. Se nota que es de hace varios años, pero es una buena foto. Puede apreciarse su mirada inteligente, la firmeza de su mentón, el gesto decidido…

—Hagamos una cosa… —Le interrumpí sin entender lo que estaba sucediendo—. Usted me pone un sello aquí, y yo le firmo un autógrafo y le mando una foto dedicada cuando llegue a New York.

El gesto del funcionario cambió bruscamente. Sus ojos amenazaron con salirse de las órbitas y rodar sobre el polvoriento suelo. Se levantó de su taburete, respiró hondo, irguió el pecho y dijo con tono de dignidad pisoteada:

—¿Está usted intentando sobornarme?

—Noooooo. —Dije apresuradamente.

Y me equivoqué, tenía que haber dicho: «Siiii», y tender un billete de más de diez dólares.

Ahora lo entendía todo.

El negro suavizó su expresión, y siguió examinando el pasaporte.

—Lo tiene usted muy cuidado. Es una pena que yo lo estropee con un sello.

Era mentira. Mi pasaporte difícilmente podría ser definido como algo más que «un amasijo de papeles unidos por un solo punto llamado grapa». Tragué saliva, conté hasta diez y respondí:

—No se preocupe, mi Gobierno es muy generoso y me dará otro en cuanto se lo pida.

—Si pero… —dijo mientras pasaba algunas páginas—… tantos recuerdos… la India, Australia, Canadá, Turquía, Marbella, Le Mans,
Hong-Kong,
La Meca…

Cerró mi pasaporte, se quedó mirando al techo con aire ensoñador y prosiguió:

—Seguro que entre tantos lugares hay un espacio para el recuerdo de un nombre de mujer, una noche de pasión, la mano de un amigo salvándonos de la muerte en el último instante, la sonrisa agradecida de un niño, la imagen de unas embravecidas olas que se disponen a tragarnos y hacernos olvidar el mundo…

Dio un prolongado suspiró y volvió a este mundo.

Yo noté que los dedos de mis manos estaban fuertemente cerrados y que me crujían los nudillos.

Era todo un síntoma.

—¿Me pone el sello? —Pregunté con el tono más amenazador que pude.

—Sí. Pero no quiero manchar su pasaporte con este tampón… —Mientras decía esto me mostró una almohadilla impregnada en tinta en la que debía de untar el tampón—. Seguro que cuando le ponga el sello se entintará demasiado, y cuando se cierren las páginas…

Cerré los ojos.

—… Una horrible mancha azul traspasará varias hojas de papel. Con el tiempo, varias páginas quedarán pegadas…

Pegar, ésa era la palabra clave.

Mi puño derecho crujió de satisfacción y salió disparado hacia su mentón.

Cincuenta kilos de funcionario corrupto salieron volando por los

aires en dirección a una cristalera.

Mi pasaporte, como si fuera un avión lanzando paracaidistas, fue perdiendo sus páginas a lo largo del recorrido del negro.

Yo salté el mostrador esforzándome por cogerlas todas.

Varios policías negros, todos de uniforme, saltaron también el mostrador dispuestos a cogerme a mí.

Todos iban armados con rifles ametralladores, pistolas, porras…

Yo sólo iba armado de mal genio.

¡Y no es un mal arma de ataque!

Al primero lo derribé de un puñetazo en el ojo derecho.

Idiota de mí, me entretuve a pensar en si a un negro se le pondría el ojo negro… o blanco. Ya saben por aquello del contraste.

Mientras me dedicaba a la filosofía, uno de aquellos policías descargó la culata de su rifle sobre mi hombro derecho.

¡*CRACK*!

A pesar del agudo dolor que me invadió, no pude por menos de reconocer que era todo un buen síntoma: no había disparado contra mí.

Curiosamente, la bandada de moscas que antes me hubiera rodeado haciéndome invisible, ahora habían desaparecido.

El segundo culatazo lo recibí en los riñones.

Rodé hecho un ovillo hasta los pies de un nutrido pelotón que se acercaban a mí.

Las patadas me llovieron con la misma velocidad que una máquina tragaperras escupe monedas cuando se ha acertado el premio gordo. Varias de ellas me alcanzaron antes de conseguir agarrar una de aquellas pantorrillas uniformadas, levantarme sin soltarla, y blandir a su propietario como si se tratara de un látigo.

Media docena de azotados policías rodaron por el suelo.

Yo, animado por el éxito, lancé mi «látigo» contra una de las paredes de madera, que se desplomó sobre el suelo como si se tratara de un decorado de cartón piedra.

El techo del barracón crujió amenazadoramente al verse privado de uno de sus soportes.

Yo subí al mostrador y desde allí salté sobre otro grupo de policías.

Caí sobre ellos como un alud de nieve sobre un grupo de hormigas.

Antes de que mis pies tocarán el suelo ya había dejado fuera de combate a tres de ellos.

Sin dejarlos recuperarse, me apoderé de uno de aquellos carritos metálicos que sirven para transportar el equipaje y, montado sobre él como si se tratara de un patinete, avancé hacia otra formación de guardias armados.

Fueron prudentes y se apartaron del feroz avance de mi improvisado carro de combate.

Yo no conseguí frenar.

Me estrellé contra una pared, precisamente la que se hallaba frente a la que ya había derribado.

Toda la estructura del edificio tembló.

La pared se bamboleó…

Hizo un: «me caigo… no me caigo… me caigo… no me caigo…».

Y se cayó.

Las otras dos paredes y el techo se doblaron.

La indestructible sala de embarque se convirtió en un acordeón que sólo emitía lastimeros gemidos de miedo y dolor.

Una columna pasó a escasos centímetros sobre mi cabeza, y quedó apoyada sobre el mostrador, ofreciéndome un pequeño espacio libre, una pequeña «tienda de campaña» bajo el torrente de escombros y polvo…

Empleé más de diez minutos en salir al exterior.

Cuando conseguí volver a la luz del día, atravesando una puerta que decía «DANGER», llené mis pulmones de aire puro, hice una visera con la mano para impedir que el sol me cegase y di un vistazo alrededor mío.

Me apuntaba una moderna pistola «Magnum», tras la que se hallaba un carísimo «Rolex» de oro, una manga de traje blanco de lino, unas gafas con montura de diseño moderno… y la sonrisa del hombre que me había observado mientras era devorado por las moscas.

—Queda usted detenido, —me dijo sin dejar de sonreír.

—¿Por qué? —Pregunté dispuesto a recomenzar la pelea.

Un «click» del revólver, me recomendó prudencia.

—Detenido por agresión a un Funcionario Público.

—Tendrían que pagarme por haberles librado de…

El negro señaló los escombros que nos rodeaban.

—Si lo prefiere, puedo acusarle de atentado terrorista contra instalaciones vitales para mi país…

—Está bien, está bien… Agresión a un funcionario, creo que será suficiente.

Antes de que pudiera argumentar algún atenuante, unas ensordecedoras sirenas montadas sobre unos destartalados «*jeeps*» de la Segunda Guerra Mundial atravesaron la pista en dirección a donde yo me encontraba.

Un sargento de aire marcial, se cuadró ante el hombre que me había capturado.

—Llévenlo a la Prisión Central… —Dijo el hombre de las gafas modernas—. Ya les diré lo que tenemos que hacer con él.

Y, como si nada hubiera sucedido, estiró la manga de su traje de lino, quitó una imaginaria mota de su «Rolex» de oro, y se ajustó la corbata de seda mirando hacia el horizonte.

A mí me subieron al *jeep,* a base de patadas en el trasero…

Capítulo II

Si el aeropuerto era tal y como era… ¡Imagínense ustedes cómo era la cárcel!

Un edificio de sólidos bloques de piedra, jalonados por algunos diminutos agujeros que debían de hacer las veces de ventana. Se entraba por una puerta que no tenía nada que envidiar al Arco del Triunfo, y allí terminaba todo lo grandioso.

Una vez cruzado el umbral, una bofetada de mal olor te golpeaba las narices sin piedad. La luz del sol había sido sustituida por unas pequeñas y gastadas bombillas, en número muy reducido, que a duras penas conseguían alumbrar más allá de un palmo de distancia.

Me hicieron bajar del «*jeep*» a base de culatazos. Después, y mediante el mismo sistema de locomoción, me dirigieron hacia un pasillo para enanos, por el que tuve que circular agachado.

Unos veinte metros más allá, un guardián con una linterna estaba abriendo una puerta y me indicó que entrara allí.

Obedecí.

Se trataba de un cubo de no más de dos metros de arista. Un débil hilillo de luz entraba en la estancia a través de una ventana no más grande que un agujero de carcoma.

Tanto las paredes como el techo eran de piedra. El suelo no. El suelo estaba forrado por una gruesa moqueta de mierda pisoteada por cientos de presos.

Como nunca he sido excesivamente aprensivo, me senté en el suelo.

No sabía los días que tendría que estar en aquel cubículo, así que lo mejor era acostumbrarse pronto a las incomodidades.

Canturreé una balada de los Beatles, saqué mi libro del macuto y

me dispuse a leer tranquilamente, hasta que la vida me deparase una nueva sorpresa.

No merecía la pena plantearse ningún plan de fuga, por el momento.

La experiencia me ha enseñado que en los primeros días de estar prisionero, es cuando se producen las novedades, cuando más atentos están los carceleros, cuando más te cambian de celda.

Por extraño que pueda parecer no había ni una sola mosca: no cabían por la ventana y las pocas que hubieran podido entrar por la puerta, se las había debido comer el anterior inquilino de la «*suite*».

No les extrañe el tono que utilizo para describir lo que me sucedía: siempre que caigo en una situación parecida me dedico a no dejarme vencer por las depresiones.

Para una persona como yo, estar preso en un sitio tan pequeño y sin saber cuándo salir, es algo que puede volverme loco. Así que procuro tomármelo con una buena ración de filosofía.

Leí unas cuantas páginas de un tirón, sin que me molestase nada más que el ruido del ventanuco que se abría de tanto en tanto para observar lo que yo estaba tramando.

Tres o cuatro horas después de que me dejaran allí, se abrió la puerta y un carcelero depositó sobre el suelo un plato lleno de una sustancia similar al hormigón, pero de color amarillento oscuro.

—Gracias bwana. —Contesté con humor, mientras me levantaba.

Incrustada en el corazón de la argamasa, se hallaba una cuchara de débil metal incapaz de resistir sin doblarse, el mordisco de un moribundo.

El potaje sabía a paja con tierra, pero debía de contener alguna proteína o vitamina. Con esto pretendo decirles que me la comí sin demasiados aspavientos.

Incluso eructé con satisfacción al terminar el plato.

El guardián que vino a recogerlo me miró sorprendido al ver que no quedaba ni rastro de su contenido.

—¿A qué hora se cena? —Insistí con ironía.

—A las siete de la tarde. —Me contestó en un correcto inglés.

—¿Cual es el menú? —Contraataqué.

—Espárragos tres salsas, timbal de pescados y *pudding* a la fruta escarchada.

—¿De beber?

—Vino rosado de Burdeos y *champagne* Dom Perignom.

—Gracias. —Dije escuetamente al no ocurrírseme nada que replicar.

Las dos horas siguientes transcurrieron junto a mi buen amigo Henry Miller, que me ayudaba a superar mi dramática situación.

Poco a poco la luz fue desapareciendo y me fue imposible seguir en su compañía.

La más tenebrosa de las oscuridades se hizo en el interior de mi celda y los peores augurios pasaron por mi imaginación. La luz se había llevado mi provisión de «buen-humor-contra-la-depresión».

Media hora después de abandonar la lectura, los goznes de la puerta crujieron, y un rayo de luz procedente de una linterna, me iluminó el rostro.

—¿El señor… Indiana James?

Preguntó la voz de la linterna, en correcto inglés.

—Sí, soy yo.

—Ha sido usted juzgado por ofensas y agresiones a un funcionario público de…

—Pero… ¿qué dice? —le interrumpí.

—… La República Centroafricana de Tambia. Le han sido aplicados los agravantes de alevosía, nocturnidad, escándalo, asociación para la delincuencia…

—¿Se ha vuelto loco? —Grité sin esperanza de interrumpirle.

—… Intención dolosa, propósito de realización de falta punible…

Intenté levantarme, y la bocacha de un fusil me convenció de que era más seguro permanecer tal y como estaba.

—… Y prevaricación. El juez ha valorado la posibilidad de aplicarle el atenuante de desconocimiento de los usos y costumbres del lugar, pero ha decidido que «el desconocimiento de una Ley, no es excusa para su incumplimiento», tanto más para lo que sólo son usos y costumbres. Así pues, tras examinar el caso ha dictado sentencia… ¡Póngase en pie el acusado!

Obedecí al oír el grito con el que acompañó la última frase.

—*Mr.* Indiana James, confeso de los delitos mencionados, ha sido usted condenado a cinco años de prisión.

¡¡¡Cinco años!!!

¿Se habían vuelto locos? Las frases que había pronunciado el tipo de la linterna no tenían ni pies ni cabeza, no pasaban de ser una desordenada y caótica enumeración de las palabras que suelen usarse en la jerga de los abogados.

—Puedo alegar algo… —Dije tímidamente al ver que el tipo se disponía a abandonar la celda.

—Por supuesto.

—Yo creo que…

—¡¡¡No ha lugar!!! Y le recuerdo que debe de guardar la debida compostura ante el jurado, caso contrario nos veríamos obligados a revisar su expediente aplicándole nuevos agravantes.

Antes de que pudiera hacer nada, salieron por la puerta y la cerraron tras de ellos, dejándome sumido nuevamente en la oscuridad.

Aunque la llegada de la noche no había hecho refrescar ni un solo grado el calor asfixiante, dentro de mi cerebro fue una noche tormentosa. No conseguí dormir ni un minuto.

Todos mis planes de mantenerme quieto los primeros días, y luego preparar la evasión se esfumaron como por ensalmo. ¡Había que escapar de allí! ¡A cualquier precio y ya mismo!

Pero no era capaz, todavía, de trazar un plan. Desconocía la estructura del edificio, ya que sólo recordaba la entrada y el pequeño pasillo por el que me condujeron hasta la celda. ¿Cuantos guadianés había? ¿Cómo iban armados? ¿Qué medidas de seguridad tenían por la noche? ¿Cuántos presos se albergan allí? ¿Dónde esconderme cuando saliera de la cárcel?…

Eran demasiadas preguntas sin respuesta para una persona en mi estado de ánimo. Pero, afortunadamente, un cosquilleo eléctrico recorría mi cuerpo: estaba llegando la hora de la acción.

Esperé pacientemente la llegada del primer rayo de luz.

De madrugada, cuando los guardias están a punto de terminar su turno de trabajo y el sueño comienza a hacerse sentir en sus cerebros, es el mejor momento de intentar algo.

Así pues, cuando se iluminó el agujero de carcoma, comencé a poner en marcha mi plan.

Era muy simple: salir de la celda, golpear a todo el que se pusiera en mi camino y escapar.

Los grandes planes suelen ser los más simples.

Consulté mi reloj: eran las cinco en punto.

Rebusqué en mi macuto hasta encontrar un Alkasetzer, naufrago de la tormentosa resaca de una juerga que ahora no viene a cuento.

Me lo puse encima de la lengua y lo chupé con pasión.

En pocos segundos una blanquinosa espuma comenzó a resbalar por mi barbilla. Con este aspecto aporreé la puerta.

—¡So… corrrooooooo!!! —Grité varias veces, a la vez que entrecerraba los ojos y fingía una respiración jadeante.

La trampilla de la puerta se abrió a la décima petición de ayuda.

—No es nada, no se preocupe… Sólo se trata de una mala digestión de la comida de ayer. —Me contestó uno de los guardias.

—Un me… me… médico. —Gemí como si fuera mi último deseo.

—Usted es médico. —Me contestó la voz antes de cerrar la trampilla.

¿Qué quería decir aquello? ¿Quién había tenido la peregrina idea de pensar que yo era un «matasanos»?

Unos chorritos de mecromina por la barbilla y la pechera de mi camisa, contribuyeron a dar un aspecto más dramático a mi grave enfermedad.

Volví a insistir.

Esta vez ni siquiera se abrió la trampilla. Desde fuera me gritaron:

—No hay médico. Sólo viene un día a la semana. Si usted no puede curarse… nadie puede hacer nada por usted.

Mi plan acababa de irse al agua.

Me senté en una esquina de la celda. Eran las seis de la madrugada, tenía por delante de mí un montón de horas para tramar algún nuevo plan y salir de allí.

Un montón de horas, de días, de semanas… No sé el tiempo que emplearía en conseguirlo, pero estaba firmemente decidido a no cumplir la condena que me habían impuesto.

Y entonces, más tranquilizado, me dormí.

CAPÍTULO III

Me desperté con el ruido de los pestillos de la puerta.

De un rápido vistazo al reloj comprobé que había dormido más de tres horas, las suficientes para un tipo como yo.

No tenía ningún plan preparado pero estaba dispuesto a apoderarme del desayuno y golpear al guardián con el contenido de la escudilla. Seguro que un golpe de la masa alimenticia que nos daban, podía lesionar hasta un rinoceronte.

Pero no entró ningún carcelero. El que lo hizo fue mi «negro favorito»; el que leía el «Financial Times» al revés, y que me había detenido después de mi «incidente» en el aeropuerto.

Se acercó a mí tendiéndome la mano y mostrándome todos los dientes en una sonrisa digna de un anuncio de pasta dentífrica.

—Doctor James… En cuanto me he enterado de lo ocurrido con usted he removido cielo y tierra intentando ayudarle.

Después de la nochecita que había pasado, no me encontraba muy dispuesto a creer en frases como aquélla.

Pero me había picado la curiosidad, y decidí seguirle el juego: me levanté con aire de dignidad ofendida, sacudí el polvo de la ropa, provocando una nube que casi nos asfixia, y dije con tono grave:

—Está bien. Acepto sus disculpas. Espero que me lleve al aeropuerto y pongan a mi disposición un billete de avión con destino a New York.

El negro junto las manos, con gesto de impotencia.

—Me temo que eso no va a ser posible… Ya conoce usted al juez, es una persona de ideas fijas… ¡Imposible convencerle de que todo ha sido un error y de que le deje en libertad!

—¿De qué error está hablando? —Protesté—. Fue usted mismo

quien me detuvo…

—Creí que le conducirían a tomarle declaración en Comisaría y luego lo dejarían en libertad. Comprenda usted que si el aeropuerto se viene abajo, no puedo silbar mirando al cielo y hacer como que no me he dado cuenta de nada.

Sí, no podía hacer eso. De todas formas, tuve la impresión de que aquel tipo mentía como un bellaco. Todo obedecía a un plan premeditado: el negro sentado junto a mí esperando el avión, el aduanero provocándome, mi detención y condena exagerada, la «aparición salvadora» de mi actual interlocutor…

—Entonces… ¿cómo piensa ayudarme?

El negro bajó la voz hasta límites casi inaudibles, miró sobre ambos hombros, como si en vez de mi diminuta celda estuviéramos en medio del Yankee Stadium, y dijo:

—Usted es médico… ¿Verdad?

—Sí. —Mentí dispuesto a seguir esta historia hasta el final—. Especialista en traumatismos.

—¿Traumatismos?

—Sí, huesos rotos.

El semblante del negro se iluminó de satisfacción.

—Ya lo sabía yo. Cuando, en el aeropuerto, observé que estaba leyendo un libro sobre el cáncer…

Tuve que masticarme los labios para que no se me escapara una carcajada. Aquel idiota había confundido la novela «Trópico de Cáncer», con un tratado de medicina. ¡Allí estaba el principio del error!

—¡Necesitamos su ayuda urgentemente!

—Cuente con ella. —Dije en tono decidido y enérgico. Si esto servía para sacarme de la prisión estaba dispuesto a operar de apendicitis con solamente un corta uñas, al mismísimo Presidente de la República—. ¿De qué se trata?

—Una epidemia: miles de personas caen fulminadas por las calles desde hace varios días y no sabemos a qué es debida. Tenemos acordonada la ciudad y hemos conseguido que la prensa desconozca el hecho… Todo es muy secreto. Procure no comentar nada con nadie, la opinión pública de Tambia desconoce lo que sucede…

Una epidemia son palabras mayores. Comencé a dudar sobre lo

acertado de haberme ofrecido tan alegremente.

—Sólo nos afecta a nosotros, a la gente de color. Los blancos son inmunes. Y sólo tenemos a dos médicos trabajando allí. Los pobres no dan abasto para atender a tanta gente…

—Perfecto. Pueden contar conmigo. Saldré en cuanto ustedes me dejen. ¿Tiene algún nombre esa epidemia?

El negro se sonrojó antes de contestar.

—Uno de los doctores que se halla allí trabajando, la ha bautizado como… «Peste… Peste… ¡Peste Ku-Klux-Klan!».

Al ver mi mirada de asombro, se apresuró a decir:

—Se trata de una desafortunada muestra de humor de blanco.

—Humor negro… —Maticé yo.

—Dejémoslo en humor negro de blanco.

Lo dejamos así. El negro me condujo al exterior de la celda y, desde allí, escoltado por un grupo de carceleros que me hacían frecuentes reverencias, me llevaron al exterior.

En unos pocos minutos había pasado de prisionero a salvador.

—¿Cómo se llama usted? —le pregunté al negro.

—Nicolás
N'dongo,
Ministro de Sanidad.

Haciendo uso de todos mis hábitos de jugador de póker, conseguí que mi rostro no reflejara la sorpresa: si aquel tipo era Ministro de Sanidad, lo extraño era que Tambia todavía contase con población viva.

Fuera de la cárcel, el sol y el calor me golpearon con fuerza.

Mis viejas amigas las moscas acudieron a mí dispuestas a darme la bienvenida, en un apretado grupo, como si fueran «fans» ansiosas por solicitarme un autógrafo.

Aparcado junto a la entrada de la cárcel, se hallaba un vetusto coche «todo terreno» con chófer y dos soldados armados. Imaginé que les habían encomendado la misión de desanimarme si yo «cambiaba de opinión» con respecto a la ayuda que les había prometido.

Nicolás
N'dongo
me estrechó la mano con energía.

—Cuando hayamos vencido la epidemia de peste, tendré el

honor de imponerle la «Gran Cruz de la Nación», la «Medalla al Mérito Individual», la «Zarpa de Oro», la «Encomienda al Valor en la Cooperación Internacional»…

El coche arrancó antes de que el Ministro de Sanidad terminara de enumerar toda la chatarrería que pretendía colgarme del pecho.

Si la epidemia se detenía por sí sola, corría el peligro de verme convertido en un muestrario ambulante de ferretería.

Yo, a pesar de la satisfacción que tenía por haber salido de la prisión, no las tenía todas conmigo.

No me gustan las epidemias de peste, aunque sean racistas y respeten a los blancos.

La primera impresión que tuve al ver conducir a mi chófer, era de que tenía la misma habilidad para su trabajo que el Ministro de Sanidad en asuntos de Medicina: más que guiar el coche parecía hacer girar el volante como si se tratase de una ruleta. El freno, el embrague y el acelerador, parecían ser cajas de resonancia para el golpeteo rítmico de sus pies, que acompañaba una sencilla melodía que tarareaba en voz baja.

Las calles para él no tenían secretos. Estoy seguro de que muchos conductores envidiarían su forma de transitar: para él no existían aceras, ni carriles, ni siquiera cruces o esquinas de calles. Un solo principio guiaba sus pasos: la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos. Y aplicaba este conocimiento teórico a su forma de conducir por la calle.

Afortunadamente salimos de la pequeña ciudad en pocos minutos. El campo nos esperaba.

Ante mis ojos apareció la inmensa sabana africana: un interminable mar de hierba amarillenta y verdosa, que se movía acariciada por una leve brisa. De tanto en tanto, algún árbol, o grupo de vegetación rompía el «oleaje», como si se tratase de una roca o islote emergiendo del mar.

Por más que lo intenté no fui capaz de calcular la inmensa extensión que teníamos ante nosotros.

Permanecí callado unos instantes, impresionado por la belleza que contemplaba.

Afortunadamente, las moscas se habían apeado del vehículo, asustadas por la forma de conducir de mi chófer.

De todas formas, el aire que azotaba las hierbas, era un aire

caliente y abrasador. Cuando entraba en la boca te abrasaba como si se tratara de *whisky* del más barato.

Decidí interrumpir el canturreo de mi chófer.

—¿Como se llama la ciudad a la que nos dirigimos?

—Asabora.

—¿Qué población tiene?

—Antes unos cuatro mil habitantes. Ahora, después de la epidemia, no lo sé. De todas formas es el único lugar en varias millas a la redonda que cuenta con hospital. Eso significa que su población, a efectos sanitarios, asciende a diez o doce veces más.

Me sorprendió la forma de expresarse del negro. Revelaba una cultura no muy acorde con su trabajo, ni con su forma de realizarlo.

—Llegaremos en un par de días. —Prosiguió mi culto chofer—. ¿Desea saber alguna otra cosa?

—Sí, claro. Me gustaría que me explicase todo lo que sabe sobre la epidemia.

Dio un prolongado suspiro antes de comenzar a hablar.

—La zona de Asabora es una de las más pobres de mi país. Se halla en una pequeña depresión de la sabana, que crea un pequeño microclima muy apto para determinados tipos de agricultura. También la ganadería estaba muy desarrollada. Desgraciadamente las temperaturas son muy adversas. El calor es asfixiante, las corrientes de viento inexistentes, así que se trata de una pequeña sartén atravesada por un río no muy caudaloso y, en demasiadas ocasiones, con sus aguas estancadas. Hoy las tierras se han vuelto escasamente productivas…

—¿Y la peste? —Interrumpí yo, ansioso por llegar al núcleo de la cuestión.

—Sí, a eso vamos. Toda la zona de Asabora es azotada periódicamente por diferentes brotes epidemiológicos de enfermedades bastante conocidas, pero no erradicadas de mi país. Fiebres amarillas, de Malta, peste bubónica, peste neumpnica, malaria… El hospital de la zona carece de medios para hacer frente a este tipo de epidemias.

—¿Y la de ahora? —Pregunté intrigado por la seguridad con la que mi guía hablaba de aspectos técnicos.

—Es de un tipo desconocido. Afecta fundamentalmente a las vías respiratorias y, en pocos instantes, asfixia al individuo…

—Perdón… —Le interrumpí sin conseguir aguantarme por más tiempo—. ¿Cuál es su profesión?

—Soy neurocirujano cerebral.

Lo miré con la boca abierta y pregunté:

—Y… ¿por qué está conduciendo un coche del Ministerio de Sanidad?

—Porque no tengo carnet de conducir, por eso.

—No lo entiendo…

—El Ministro, el Sr. N’dongo, tiene miedo de que le quite su puesto, así que me ha colocado en un puesto en el cual no le pueda hacer la competencia y, además, poder despedirme por no realizar bien mi trabajo. ¿Comprende ahora?

Lo comprendí a la perfección. Al igual que el manotazo que le propinó uno de los soldados, a la vez que le decía: «Tu calla, subversivo».

El silencio se apoderó de nuestro vehículo durante muchas horas. El miedo se reflejaba en la cara del chófer y los soldados no parecían dispuestos a entablar una animada charla conmigo.

Paramos una hora para comer a la sombra de unos gigantescos baobabs, y seguimos nuestra marcha. Por el mapa que consultaba el chófer, me pude dar cuenta de que estábamos bordeando una gigantesca selva. De haberla podido cruzar, hubiéramos ganado muchas horas.

Al atardecer, los dos soldados montaron unas tiendas de campaña en las que pasamos la noche.

Por la mañana, me despertaron antes de que saliera el sol y tras una taza de café y unas galletas con sabor a hierba, emprendimos la marcha hacia Asabora.

La conversación había muerto desde la interrupción del soldado, el día anterior. Así que no me quedaba más recurso que la contemplación del majestuoso paisaje.

Debíamos de haber bordeado la selva, ya que en lugar de avanzar paralelos a ella, la estábamos dejando atrás y avanzábamos hacia las inmensas sabanas que se extendían ante nosotros. Al fondo se podía adivinar la silueta majestuosa de algún macizo montañoso y… a los pies de éstas, se podía observar la frecuente aparición de

áreas selváticas.

Repentinamente, al rebasar un pequeño montículo, una patrulla de soldados nos salió al paso.

Intercambiaron algunas frases en un dialecto que no pude comprender, con sus dos colegas que nos acompañaban. De vez en cuando, giraban sus cabezas y me miraban con gesto de pena.

Les debía de parecer una oveja camino del matadero.

—Están aquí para impedir que escape ningún enfermo, que pueda llevar el virus a otras zonas no contaminadas. —Me dijo el chófer.

—¿Que hacen para que no escapen? —Pregunté.

—Les disparan y los matan. Luego, no se atreven a enterrar sus cuerpos y los dejan allí al sol. Dentro de unos días la epidemia va a extenderse por toda África.

Cuando los soldados terminaron su charla, puso nuevamente en marcha el coche y seguimos avanzando.

Media hora después llegábamos a lo que parecía ser el cuartel general de los sitiadores. Estaba formado por unas grandes tiendas de campaña, rodeadas por alambre de espino. Cerca de allí, un par de helicópteros reposaban bajo el sol abrasador.

Un Oficial me saludó en correcto inglés y me invitó a entrar a su tienda de campaña. Tras agradecerme la ayuda que les iba a prestar, me llevó ante una mesa, donde había situado un plano de la zona.

Me indicó el emplazamiento de Asabora, los límites del valle y el número de patrullas que tenían situadas en la zona. A pesar de su extensión, el ejército había realizado una concienzuda labor. Miles de patrullas se hallaban rodeando el área contaminada.

Nadie podría salir de allí.

Por radio comunicó con la ciudad y solicitó un coche para que me condujera hasta allí.

Media hora después llegó un todo terreno.

Al volante iba un gigantesco pelirrojo de piel blanca, que se limitó a señalarme el asiento que había junto a él, y que contestó a todas las preguntas que le formulé con rugidos ininteligibles.

En pocos minutos, estaba a punto de meterme en la boca del lobo.

CAPÍTULO IV

La ciudad de Asabora parecía un decorado de película del oeste. Tenía forma alargada y una gran calle central, sin asfaltar, la cruzaba completamente.

A ambos lados se veían edificios de todos tipos; desde las más abundantes casas de madera, hasta el único edificio de ladrillos: la Oficina de Recaudación de Tributos, prueba irrebatible de que la civilización está llegando a todas partes. Algunos almacenes lucían en sus fachadas carteles a colores anunciando semillas o plaguicidas de compañías multinacionales.

Pocas personas transitaban por las calles.

Había muchas más que estaban tendidas, muertas, en el suelo.

Los cadáveres eran muy numerosos y personas negras, con mascarillas, se dedicaban a recogerlos y colocarlos sobre carretillas.

La visión que tenía ante los ojos me recordó lo que debía de ser una ciudad después de la caída de una bomba de neutrones.

El pelirrojo detuvo el vehículo ante un edificio de madera pintado de blanco. Treinta o cuarenta mujeres hacían colas con los niños en los brazos. Descendí del coche y me volví para tenderle la mano al conductor.

Arrancó sin mirarme.

Le dediqué una pedorreta y me dirigí hacia el interior del Hospital.

Las negras me vieron entrar sin mirarme. Los cadavéricos rostros de todas ellas, estaban perdidos en un lejano punto del horizonte, allí donde ya casi no existe la esperanza.

Seguí la cola a través de un pasillo y varios despachos cerrados, hasta llegar a una habitación que hacía las veces de consultorio.

Un hombre y una mujer, vestidos con batas blancas, se afanaban

en poner inyecciones, auscultar, observar amígdalas…

—Hola. —Me dijo la mujer sin apartar la vista del niño que estaba tratando—. Coja una bata blanca y comience a examinar a los niños.

Carraspeé antes de hablar.

—No soy médico… —Dije tímidamente.

Ninguno de los dos se inmutó. La mujer, sin mirarme, dijo:

—Es igual. Yo soy médico y no puedo hacer nada por ellos. No notaran la diferencia entre usted y yo cuando estén muertos.

Me quedé con la boca abierta sin decir nada.

Una mujer negra se acercó a mí. Llevaba en sus brazos un niño que no tendría más de un año. Sus delgados bracitos y piernas colgaban desmadejadamente y sus ojos, miraban vidriosamente a ninguna parte.

Me puse la bata blanca y lo tomé en mis brazos.

Si la ternura fuera medicina, aquel niño tendría una salud de hierro para el resto de su vida.

Lo ausculté, le miré la garganta y le acaricié una de las manitas.

—Dele una de éstas. —Me dijo la doctora señalando un recipiente lleno de píldoras blancas.

—¿Qué son? —pregunté.

—Placebos. No sirven para nada, son pastillas de sabor dulce. Pero las madres se tranquilizan cuando sus hijos toman un «medicamento».

En media hora vi (debería de decir reconocí) un montón de niños, hasta que la doctora me tomó del brazo y me dijo:

—Ven conmigo. —Dijo la doctora empezando a tutearme—. Te enseñaré nuestra casa y podrás ducharte y descansar un rato.

La cola había disminuido notablemente. Sólo una media docena de pacientes guardaban cola. El médico se despidió de nosotros con un guiño de ojos.

—Gracias a que ha llegado, podremos reducir nuestros turnos de trabajo a 8 horas. En estos momentos hacemos turnos de doce…

La Doctora señaló al médico y dijo:

—El es Robín Turner. Yo soy Martha Selnick. ¿Y tú?

—Me llamo… Indiana James.

—No está mal como pseudónimo, pero hubiera preferido que te pusieras Louis Pasteur. De todas formas… Bienvenido. —Y salió

hacia la calle. Yo la seguí.

Al llegar a Asabora no había tenido tiempo de comprobar el calor que hacía, pero al pisar el suelo de la calle, una bofetada de calor casi me hace desmayarme. Las moscas también abundaban, aunque les resultaba más cómodo concentrarse en los cadáveres que yacían por el suelo.

Le conté a la Dra. Selnick el motivo por el que me habían traído aquí. Se rió con ganas al escuchar la confusión en torno al libro de Henry Miller. Tenía una risa francamente encantadora. Era una mujer de unos treinta-y-pocos años, rubia, con el pelo recogido en la nuca y unas gafas que parecían agrandar la belleza de sus ojos azules.

Caminamos un rato por la calle mayor hasta que ella me señaló una de tantas casas de una planta. En su parte delantera tenía un espacio destinado a jardín que, la falta de agua, había convertido en una reproducción a escala del desierto del Sahara. Las paredes eran de madera, y se hallaban bastante despintadas, la puerta de entrada a duras penas encajaba, y por lo agujeros de la mosquitera podía pasar una Gacela Grant sin ningún problema.

—Hace mucho tiempo que esta casa no recibe una mano de pintura… —Dije haciéndome el simpático.

—Es lógico. Hace seis años el Gobierno envió 1000 dólares para reparar la vivienda. En el hospital no había vendas, ni sulfamidas, ni antibióticos, ni gasa estériles, ni antitérmicos… ¿Crees que los médicos que había entonces se iban a gastar el dinero en empapelar las paredes?

—Una a cero. —Pensé mientras miraba al suelo.

La casa era grande: tenía cuatro habitaciones, cocina, baño, y un salón. Como es de esperar todo estaba bastante descuidado. Los muebles parecían haber sido reparados por un traumatólogo. Las patas rotas de las sillas estaban unidas con esparadrapos, cajones de cartón de medicamentos hacían las veces de improvisada despensa donde se guardaban algunas escuálidas patatas…

—¿Café? —Preguntó la doctora—. Sin esperar mi respuesta comenzó a calentar agua.

—¿Tienes hambre? —Me preguntó con amabilidad.

—No. La poca que pudiera tener me la he quitado viendo a esos niño… ¡Es terrible!

—Sí que lo es. Llevo aquí más de dos años, enviada por las Naciones Unidas, y todavía no he conseguido que mi estómago se acostumbre a ver fallecer los niños mal alimentados.

—Me habían dicho que ésta era una zona con agricultura y ganadería… —Comencé a decir.

—Y es cierto. El suelo es mejor que muchos otros de los alrededores. Hay algo de agua… pero las multinacionales están arrasándolo todo.

—¿Qué quiere decir?

—Ésta era una zona eminentemente agrícola. Hasta que un buen día, el «hombre blanco» convenció al agricultor de que era más rentable criar vacas para hacer hamburguesas. Abandonaron sus cultivos tradicionales, y crearon grandes extensiones de pastizales a costa de los pocos bosques que poseían. Consecuencia: la tierra se empobreció. Los pastos eran cada vez más escasos y había que ganar más espacio a los bosques, lo que aceleraba el empobrecimiento. Por otra parte cada vez había que llevar a las vacas a pastos más lejanos, lo que significaba desplazamientos, desgaste por el ejercicio, pérdida de peso… las vacas cada vez fueron menos rentables y las multinacionales decidieron comprarlas a otros países.

»Ellos tuvieron que volver a la agricultura, pero toda su estructura se había venido bajo. Intentaron sembrar, pero hacía varios años que no recogían cosechas y tuvieron que comprar semillas a las multinacionales, después tuvieron que comprar fertilizantes y abonos para la tierra… además las semillas (que eran importadas) no tenían resistencia a los insectos de la zona, que devoraban las cosechas… Hubieron de comprar plaguicidas… Y todo esto, con un dinero que no tenían. Quedaron endeudados hasta el cuello y sin su medio habitual de sustento. Hoy en día viven de las escasas ayudas de los Organismos Internacionales: ONU, FAD, etc, etc.

Era toda una lección de política internacional.

Sentí remordimientos mientras me bebía la taza de café.

—Y… ¿Qué me dices de la epidemia?

—Desconocemos las causas que la provocan, y aunque las supiéramos no podríamos administrarles otra cosa que esos «caramelos» que has recetado a los niños.

Y si, a pesar de todo, conseguíamos erradicar la peste, otra enfermedad acabaría con ellos. Ten en cuenta que son concebidos por personas mal alimentadas, y desde que nacen tienen una falta total de proteínas, vitaminas… es un milagro ver como algunos de ellos sobreviven. No se les administran vacunas, no se lleva ningún tipo de control sanitario de su desarrollo… ¿Cómo se les va a pedir que puedan resistir un simple catarro?

Suspiró mirando al horizonte.

—Pero me has pedido que te hable de la epidemia. Bien. No sabemos cómo se transmite. Lo único que hemos averiguado es que la gente fallece repentinamente de asfixia. Algún virus ataca sus pulmones y en menos de una hora los impermeabiliza impidiendo el paso del oxígeno a la sangre. No sabemos por qué unas personas cayeron hace un mes y otras todavía sobreviven, no sabemos porque afecta sólo a la población negra, no sabemos qué es ni cómo combatirlo…

—¿Cuáles son los hombres blancos de la zona?

—Los médicos, un representante de comercio, un pastor protestante, y un equipo de cincuenta personas que están realizando prospecciones mineralógicas en un campamento situado a las afueras del pueblo. Seguramente el que te trajo en coche hasta el hospital sería uno de ellos.

—¿Cuántas personas han muerto?

—Un setenta y cinco por ciento de la población de Asabora. De los poblados próximos, algunos han desaparecido y otros no han tenido ni una sola baja. Lo único que sabemos es que cuando cae una persona… el resto de la comunidad le sigue en pocas horas. Por eso, cada día, Robin o yo, salimos a uno de los poblados a darles unas mínimas instrucciones: no consumir agua que no haya sido hervida, cocinar todos los alimentos y no tomar nada crudo… Ya te puedes imaginar: «aspirinas contra el cáncer».

—Y… ¿qué puedo hacer yo?

—Lo mismo que nosotros: sufrir en silencio y gritar lo más alto que pueda cuando regrese a la civilización.

Se levantó y se desperezó bostezando.

—Ahora me voy a dormir. Ya que estás aquí, haremos tumos de 8 horas. Ésa es mi habitación, aquélla la de Robin y tú puedes elegir alguna de las dos vacías, aunque yo te aconsejo la del fondo, ya que

es la que tiene la cama en mejores condiciones. Cuando me despierte y vaya a relevar a Robin, ya hablaremos de los turnos y de cómo repartirlos.

Mientras ella dormía yo me tumbé en la cama a dar vueltas a la cabeza. Me costó mucho, pero, al fin me dormí.

Me despertó Martha. Estaba atardeciendo. Sin comer nada marchamos hacía el hospital. La cola de pacientes ya había desaparecido, pero Robin Turner estaba atendiendo a un hombre que se había clavado una astilla en el pie, mientras cavaba una fosa para enterrar a su familia.

Decidieron seguir con sus turnos de 12 horas durante un par de días. Yo haría el tumo junto a Martha, para que me explicara algunas cosas. Robin era persona de pocas palabras. Se mostró conforme a todo lo que propuso Martha y se retiró rápidamente a casa, ya que al día siguiente por la mañana, tenía que salir de «ruta» por los poblados próximos antes de relevar a Martha. Yo permanecí un rato con la chica, hasta que me envió a casa.

—Se que no habrás dormido nada. Los primeros días de estar aquí a mi me paso lo mismo. Además has hecho un largo viaje… Vete, descansa y vuelve mañana. Si Robín está despierto, que lo estará, pídele un trago. Eso te ayudará a dormir.

Me pareció la mejor prescripción facultativo que había oído en todo el día. Al llegar a casa, salía luz bajo la puerta de la habitación de Robin, así que llamé con los nudillos. No me contestó e insistí nuevamente. Y otra vez más. Me asuste. ¿Y si Robin era el primer blanco afectado por la peste? Abrí la puerta: su cuarto estaba vacío, y la cama sin deshacer.

Pensé que habría salido a pasear un rato, así que le esperé en el comedor, sentado a oscuras en el sillón, mirando la luna.

Un cuarto de hora después, se abrió la puerta de la habitación y Robin salió hacia el baño.

Al verme se sobresaltó. Me miró fijamente y dijo:

—No me gusta la gente que se esconde espía en la oscuridad. No me gusta que me espíen.

Decidí que, a mí, no me apetecía compartir un trago con él y me fui a la cama. Pero durante un buen rato no conseguí dejar de pensar que, cuando yo había entrado, la habitación estaba vacía.

CAPÍTULO V

Robin Turner me despertó a las siete de la mañana.

—Vamos. Tienes que ir a ayudar a la Dra. Selnick.

Él ya estaba afeitado y lavado. Yo me apresuré y salimos juntos hacia el hospital. Pese a lo temprano de la hora, algunas personas comenzaban a acudir a la consulta, llevando a sus enfermos. Los muertos todavía no habían desaparecido completamente de las calles y una brigadilla de personas, se afanaba en su tarea de recogerlos.

Martha nos recibió con una sonrisa.

—¿Dispuestos a trabajar? Yo he tenido una noche muy tranquila y he conseguido dormir varias horas.

Nos ofreció una taza de café y unas galletas como las que ya había comido cuando venía hacia aquí.

—Son asquerosas, pero muy nutritivas. —Dijo ella animándome a comerlas—. Repugnantemente nutritivas.

Mientras yo atendía a los primeros enfermos ellos se apartaron a uno de los despachos y estudiaron el recorrido que debía de hacer el Doctor Turner.

Hice de tripas corazón y comencé a recibir a los niños desnutridos que me traían sus madres esperando que yo pudiera ayudarles.

Recuerdo a uno particularmente. Estaba en la fase terminal: prácticamente no tenía carne sobre los huesos, su vientre estaba abombado, sus piernas eran incapaces de sostenerle. Y sin embargo, sonreía.

Lo hizo aún más cuando vio mi reloj. Sus pupilas se dilataron, y con su mano intento tocarlo.

Yo me lo quité de la muñeca y se lo tendí.

—Toma para ti.

Sonrió feliz.

Y era eso de lo que se trataba; ya que no podíamos curarlos, les dábamos unas gotas de felicidad.

Martha, muy profesional, hacía un examen intenso de cada niño y, cuando veía algo extraño, me avisaba y me lo comentaba.

Yo, a duras penas conseguía mirarles su garganta y auscultarlos.

Sentía ganas de salir de allí, de correr por una calle de New York y abofetear a todo el que me encontrase delante, porque todos éramos culpables de esta situación.

A media mañana, los pacientes disminuyeron y nos pudimos tomar un respiro. Martha se encendió un cigarrillo y se sentó en el alféizar de la ventana.

—Es curioso. —Comenté—. Sólo he visto niños y adultos accidentados, pero no he podido visitar a un solo enfermo de epidemia.

—No les da tiempo a venir. —Me replicó Martha.

—Pero… ¿por qué traen a los niños? ¿Acaso no saben que esta epidemia va a acabar con todos ellos? ¿Qué sentido tiene traerlos aquí?

—Es el instinto maternal. Ellas confían en nosotros. Quizá su hijo se salve de la peste, quizá no le afecte a él, quizá… Mientras no cae muerto, se esfuerzan por él.

Aprovechando un silencio, le comenté lo que había sucedido la noche anterior.

—No te preocupes. Robin es un tipo raro pero muy buen médico. Tiene sus manías y está alterado por la situación. Yo vine voluntaria, con un pequeño sueldo de las Naciones Unidas. El no. El vino contratado por la FUTURE MINERAL CORPORATION, los que están realizando las prospecciones. Cuando se provocó la epidemia se ofreció para trabajar conmigo. Los de la Compañía le despidieron, y está aquí trabajando gratis. ¡Es un buen tipo!

—¿Por qué has dicho que la epidemia de peste «se provoco»? Es una palabra muy ambigua.

Sonrió antes de contestar. Apagó su cigarrillo y me miró a los ojos.

—Sí, tienes razón. Debe ser una pequeña traición de mi subconsciente. Soy médico epidemiología y estoy acostumbrada a

estudiar este tipo de enfermedades y, sobre todo, su forma de desarrollarse, generalmente, y por explicarlo de una forma gráfica, la enfermedad crece en círculos concéntricos. Una persona contagia a las de su círculo íntimo, éstas a las próximas, y así sucesivamente. En este caso no ha sido así. La enfermedad brotó simultáneamente en varios puntos sin conexión entre sí. ¡Y eso es muy extraño!

—¿Puede pensarse que sea provocada?

—SÍ, claro que puede pensarse, pero sólo lo haría un loco. ¿Quién puede tener interés en propagar una epidemia así? Sólo afecta a los parias, a los que no tienen nada… todo crimen tiene un culpable y un «*leitmotiv*», pero aquí no se me ocurre nada. Nadie va a heredar nada que no sea la pobreza. Me parece que tu espíritu aventurero te está jugando una mala pasada. Por cierto… ¿Tienes un cigarrillo? Yo he acabado el último paquete.

Tenía algunos en el macuto, así que, en una carrera fui a casa a buscarlos.

Cuando salí de mi habitación no pude por menos de lanzar una mirada furtiva hacia el cuarto de Turner. Había dicho, que con suerte estaría de regreso a la hora de comer… y cuando yo había salido del hospital eran las doce…

No pude resistir la tentación. «Sólo un vistazo», me prometí.

Abrí la puerta con la sensación de ser un redomado ladrón. Ni siquiera entré en el cuarto. De un vistazo recorrí todos los elementos: la ventana tenía una mosquitera clavada en el marco, así que era imposible pasar por allí. Las paredes parecían sólidas. El suelo de madera, no presentaba ninguna abertura ni puerta… Podía verlo todo menos el trozo que había bajo la alfombra situada debajo de la cama…

¿Una alfombra debajo de la cama?

Me acerqué como una bala, y me arrodillé a su lado.

Efectivamente había una alfombra bajo la cama. Una alfombra sobre la que estaba situada una bonita maleta de cuero del médico.

¿Pero…? ¿Y si…?

Corrí la alfombra y encontré la trampilla.

NO PODIA SER DE OTRA MANERA.

Me introduje bajo la cama y temblándome las manos, descorrí el pestillo. Con el mechero di un vistazo a su interior.

Allí había una pequeña habitación cúbica, no más grande que la

celda en que me habían tenido encerrado. Adosada a una de las paredes se hallaba una mesa y varias cajas metálicas.

Desprecié la escalera y descendí de un salto.

Una de las cajas estaba abierta y en su interior se almacenaban unas ampollas de cristal llenas de un líquido amarillento.

Cogí uno de ellos y lo examiné detenidamente. Llevaba adherido un sello que decía: VIRUS

PRO-L.

VIL.

Seguramente las ampollas estarían contadas así que sólo me guarde una en el bolsillo y subí por las escaleras a toda velocidad.

Ordené el cuarto intentando dejarlo todo tal y como lo había encontrado.

Después salí corriendo hacia el hospital y le conté lo sucedido a Martha. Ella me escuchó con el ceño fruncido.

—No puede ser… No puede ser… seguro que hay una explicación. Quizá se trate de morfina, o de algún analgésico que no ha querido dejar en su botiquín de la mina. Seguro que él puede explicárnoslo cuando vuelva.

—No tengo tanta paciencia… —le repliqué.

Un famélico perro vagabundo husmeaba cerca de la ventana.

Tomé una de las galletas, y derramé sobre ella el contenido de la ampolla. Después se la arrojé al perro.

La devoró de un bocado y se quedó mirándome fijamente, por si le caía otro regalo del cielo.

A los cinco minutos tuvo una convulsión. Se agitó nerviosamente y abrió la boca como si intentará vomitar algo. Sus piernas se tambalearon. Yo miré a la doctora, pero ella solamente tenía ojos para el animal.

Pareció que el perro se disponía a toser… No sé porque pero me recordó a una persona que se hubiera tragado una espina de pescado.

Por fin, el pobre bicho cayó al suelo. Se agitó por unos instantes y falleció.

Martha se volvió hacia mí con la boca abierta.

—Esto… esto… no prueba nada… Puede haber sido una dosis muy elevada de morfina… ¡Yo que sé!

—Yo si lo sé. Y lo primero que voy a hacer es quitarle todas las

ampollas a ese verdugo.

Corrí nuevamente hacia la casa, esta vez sin miramientos, arrojé la cama a un rincón, mandé la maleta y la alfombra al Infierno y bajé por la escalera hasta llegar a las cajas metálicas.

Para mi sorpresa sólo quedaban ampollas en la que yo había abierto. Las otras estaban ya, completamente vacías.

Las cerré y cogiéndola con sumo cuidado comencé a subir las escaleras.

—Deja eso donde estaba. —Me dijo una voz desde lo alto de la trampilla.

La voz era la de Turner, la pistola supongo que también.

No le hice caso.

Ya estaba en mitad de la escalera, mi cabeza y mis hombros se hallaban dentro del dormitorio de Turner. El estaba a unos pasos de la trampilla para evitar que le cogiera las piernas.

Pero no tenía ángulo para ver mis manos, así que…

—¡Adiós ampollas! —Dije mientras arrojaba la caja.

Fue, directa como un obús, hasta su cara.

Turner oprimió el gatillo, pero el disparo se perdió en una de las paredes. La caja debía de haberle fracturado la nariz porque sangraba como un cerdo degollado.

Yo salté dentro de la habitación y corría hacia la pistola.

Turner por puro instinto, levantó su pie, alcanzándome entre los muslos. Me curvé en el aire como una gamba, di una voltereta y caí sobre una de las paredes.

El Doctor, medio cegado por el dolor, buscaba afanosamente su pistola.

Yo, me limité a coger la caja metálica y salir corriendo.

Mientras cruzaba la puerta lo oí acercarse al aparato de radio y decir:

—«Aquí Matasanos. El tiburón huye con los huevos. Recuperarlos a cualquier precio. Y no os preocupéis por Tiburón: matadlo».

Si él era «matasanos» (nombre muy apropiado) yo debía de ser Tiburón, y los huevos, las ampollas.

Fui hacia el hospital para recoger a Martha y salir huyendo de allí.

Llegué como un campeón a la meta: rodeado de cohetes que, en

este caso, eran los disparos de Robín.

Me sorprendió que, nada más entrar Martha me tendiera un rifle de gran calibre: un «*Express* 222».

—¿Convencida? —Pregunté con ironía.

—Todavía no, pero eso no es excusa para dejar que te maten.

En pocas palabras le puse al corriente de lo sucedido.

—Mientras buscabas las ampollas… —Dijo pensativamente—… yo buscaba una respuesta a mi pregunta: ¿A quién le interesaba matarlos? Y he encontrado la respuesta: a la FUTURE MINERAL CORP. Antes de que Robín se enemistase con ellos, algunos ingenieros venían a tomar una copa a nuestra casa y uno de ellos, comentó un día, que, si encontraban Uranio, sería muy difícil mantenerlo en secreto con una población tan próxima…

—Pues han debido de encontrarlo, y Robín ha hallado la fórmula para «alejar» a la población.

Como si se hubieran deseado confirmar mis palabras, por la calle y en dirección a nosotros, avanzaba una columna de trabajadores de la FUTURE MINERAL CORPORATION parapetados tras una de esas gigantescas máquinas que se utilizan en las obras: una especie de rascacielos acorazado con ruedas.

Martha se volvió hacia mí.

—Creo que hay un error… esto no puede ser así… confío en Robín… tenemos que aclararlo antes de que sea demasiado tarde…

Sin esperar mi respuesta. Se levantó y salió a la calle.

—¡¡¡No seas loca!!! —le grité.

Pero no me oyó.

Antes de haber avanzado media docena de pasos, fue alcanzada por miles de disparos.

Lo sentí por ella. Su generosidad con sus semejantes no merecía este final.

Pero mis enemigos acababan de proclamar las reglas del juego.

Y yo estaba dispuesto a seguirlas.

CAPÍTULO VI

Los hombres de la Compañía minera se desplegaron en formación de combate, cortándome todas las salidas. Los pocos negros que circulaban por la calle se detuvieron, extrañados, unos momentos, y al ver aparecer las armas salieron huyendo a sus casas.

Estaba tan sólo como Gary Cooper en «High Noon».[1]

Podía contar únicamente con la ayuda del «*Express* 222» que me había dejado Martha en herencia. Con eso y con las ampollas.

Repasé la caja: En su parte inferior, una pegatina indicaba que el contenido era sumamente tóxico, y que no debía ingerirse, ni inhalarse bajo ningún concepto. También informaba de que había sido fabricado por HORST LAND GRAVE GmbH. GINEBRA (Suiza), Nunca olvidaría ese nombre, procuraría que tampoco lo olvidase la opinión pública.

Me coloque una mascarilla y abrí una caja con infinita aprensión: en su interior, el líquido amarillento bañaba un gran número de minúsculos trocitos de cristal. Solamente tres de ellas habían conseguido sobrevivir al impacto con la barbilla de Robín Turner.

Vertí el líquido amarillento en una botella. Y me preparé para actuar.

Rompí uno de los cristales de la ventana con el cañón de mi rifle y disparé un par de tiros al azar.

Los mineros corrieron para ponerse a cubierto de mis disparos. Yo, envalentonado por mi éxito, comencé a dictar mis instrucciones:

—¡No se os ocurra acercaros! Tengo las ampollas mortales en mi poder y no vacilaré en usarlas contra el primero que venga por mí.

Una vez dicho esto no esperé a saber cuál era la reacción de mis enemigos. Busqué desesperadamente, entre el material desechado

del hospital, algo que pudiera servir a mis propósitos.

Y lo encontré en el cuarto trastero.

Era uno de aquellos depósitos provistos de manguera y pistola, que utilizan los granjeros para fumigar sus plantas.

Vertí el contenido de la botella, terminé de rellenarlo con agua del grifo y lo sujeté a mi espalda con las correas.

Con aquello me sentía algo más seguro.

Ahora sí que me entretuve en contemplar a mis enemigos: se hallaban a una distancia prudente del hospital, parapetados tras el gran vehículo de obras públicas, varios Todo-Terreno y unas furgonetas Chevrolet que habían acudido en su ayuda.

Cuchicheaban abundantemente y no quitaban ojo del edificio donde, yo estaba, señalándolo frecuentemente con el dedo.

Observé como un «Range-Todo-Terreno» avanzaba velozmente hacia mí.

Apunté cuidadosamente al cristal delantero y lo hice saltar en mil pedazos. El conductor se parapetó tras el volante, disminuyó la velocidad y se acercó a la casa de al lado.

Allí, apagó el motor y, sin quitar las llaves, abandonó el vehículo en la carretera.

¡¡¡Era mi oportunidad!!!

El sistema de pulverización del fumigador, funcionaba a presión tenía una especie de émbolo que había que oprimir con ambas manos para que el liquido saliera espolvoreado.

Con esparadrapo, sujeté la parte posterior del émbolo a mi brazo izquierdo de tal manera que con un gesto de la muñeca izquierda podía hacer salir su contenido.

Me coloqué una mascarilla en la cara, llené el cargador del rifle, abrí violentamente la puerta y salí a la calle.

Todos se giraron hacía mí.

Con el rifle apoyado en la cadera, en un gesto típico de «cow boy», disparé varios tiros.

A continuación, comencé a correr desesperadamente hacia el coche.

El individuo que lo había conducido, se quedó pálido al ver que avanzaba sobre él.

Su primera reacción fue venir hacia mí y atraparme.

Lancé un chorro de mi mortífero «cocktel» en su dirección. Y

sentí una sensación similar a la pena. No era este tipo el culpable. El verdadero asesino, el que se iba a aprovechar de todo aquello, seguro que era un «honorable hombre de negocios» con lujoso despacho en Suiza.

El individuo estaba a bastante distancia de mí, a demasiada para que aquello pudiera surtir efecto, pero se quedó paralizado, mirándome con ojos desorbitados.

Yo, que no me había detenido, llegué junto a él en unas pocas décimas de segundos y, no me atreví a rociar su cara con el líquido tóxico.

Me limité a darle una patada en el estómago.

Se llevó las manos a la garganta. Palideció y dio unas angustiosas boqueadas al aire.

Sus piernas comenzaron a temblar.

Debía ser el efecto sicológico de la primera pulverización.

Para cuando cayó al suelo, yo había subido al coche, puesto en marcha el motor, metido la primera y arrancado a toda velocidad.

Bien pensado, el tipo de Suiza merecía que yo fuera a por él, pero éste de aquí… tampoco estaba limpio de culpa. Ahí dejé de preocuparme por el aspecto moral de cuestión, ya que las balas comenzaron a silbar alrededor mío.

De un golpe de volante, di media vuelta y me lancé sobre los coches que se disponían a iniciar mi persecución.

Todos comenzaron a correr en un brutal «Sálvese quien pueda».

Pasé en una maniobra digna de «especialista de películas» entre una furgoneta Chevrolet y el gigantesco monstruo mecánico.

Después, me arranqué el depósito de la espalda y lo arrojé tras de mí.

Tuve el humor de girarme y ver como se rompía al caer al suelo.

Los imbéciles aquellos corrieron en todas direcciones.

Yo había perdido mi mejor arma, pero había ganado un tiempo precioso. Estaba seguro de que no se atreverían a acercarse a los vehículos por miedo a contaminarse.

A partir de aquel momento me concentré en la conducción.

En primer lugar debería de cruzar los controles militares, tras de anunciar al jefe del Puesto lo que había sucedido y que no dejará escapar a ningún hombre blanco, después de llegar hasta la capital, denunciar el hecho ante las autoridades… y salir huyendo de aquel

maldito país en dirección a los laboratorios HORST LANDGRAVE.

¡Después de lo que había visto, no podía contentarme con una denuncia pública!

¡Quería vengarme con mis propias manos!

El mejor sitio para cruzar el control militar era el que había utilizado para entrar. Allí me conocían y había menos riesgo de que me dispararan sin preguntar nada.

Empleé la mitad de tiempo que a la ida.

En unos pocos minutos estaba a la vista del Puesto de Mando. Vi como uno de los guardias daba un grito sobre su hombro sin apartar los ojos de mí.

Varios soldados se le unieron, acompañados de un Oficial que comenzó a gritarles órdenes.

Se pusieron en línea, apoyaron sus fusiles en el hombro y me apuntaron.

—¡Alto! ¡Soy Blanco! ¡Soy el «Doctor» James!

No hicieron caso.

Detuve el coche y alcé las manos en muestra de buena voluntad.

Siguieron apuntándome.

El que hacía las veces de jefe, que era el que me había llevado a su tienda el día anterior, tomó un megáfono y comenzó a gritarme:

—Hemos sido informados por el doctor Turner de que usted también está contaminado. Le ordenamos que se aleje de los límites de seguridad y vuelva a la ciudad. En caso contrario abriremos fuego. Una patrulla sanitaria viene a buscarle. No se resista. Al ser blanco es posible que la peste no sea mortal.

Me giré y vi como la «patrulla sanitaria» venía a salvarme.

No tenía tiempo para convencer al oficial.

Así que disimuladamente, gire la llave de contacto, metí primera y aceleré.

R

AT-A-TÁT-TAAT-TAT-TAT-TAT.

Las balas me rodearon mientras metía la segunda.

R

AT-A-TAT-TAT-TAT-TAT-TAT

—TATATATATATATA.

Tercera… cuarta… ¡Velocímetro al máximo!

Cruce por el campamento con la misma facilidad que una bala

perfora la pared de un armario de madera.

Los pobres negros estaban blancos del susto.

En menos de un minuto había salido de la zona y me dirigía a toda velocidad hacia la selva.

Los dos coches de la Compañía minera, cruzaron con la misma facilidad, y vinieron tras de mí.

Unos minutos después pude escuchar el característico sonido de los rotores de un par de helicópteros.

Pisé al máximo; en la sabana africana no hay leyes de velocidad, ni adelantamientos peligrosos, ni badenes sin visibilidad.

Allí sólo impera la ley de la supervivencia.

Los disparos comenzaron a bordear mi vehículo. Yo comencé a zigzaguear para evitar que me alcanzaran.

Si hubiera sido un solo helicóptero quizá hubiera podido esquivarlo, pero dos cubren demasiado espacio como para tener éxito un simple zigzagueo.

La única oportunidad era llegar a la selva, dejar el coche y esperar que no me devorara una serpiente.

Fue un ahora y media interminable. El depósito me indicaba que estaba consumiendo la reserva.

Los helicópteros acabaron su munición, pero se dedicaban a acercarse a mí, levantando inmensas nubes de polvo con sus hélices y obligándome a cambiar de trayectoria.

Uno de los vehículos de los mineros se quedó sin combustible… El otro siguió, y en el tercero iba Robin Turner, con el fusil apoyado en el parabrisas. Debajo de sus cejas apretadas y sus ojos rojos de furia, llevaba un artístico vendaje que le recordaba permanentemente al autor del desaguisado.

Faltaban unos pocos miles de metros para llegar a la selva, cuando mi vehículo se quedó sin gasolina. ¡Se había acabado la reserva!

Ahora tenía que poner a prueba mis piernas.

Salté al suelo, y lancé un par de disparos en dirección al Todo-Terreno. El primero al parabrisas.

¡Diana!

El segundo a uno de los neumáticos.

¡Fallo!

Sólo les quedaba un coche.

Comencé a correr a toda velocidad. La densa vegetación, que en ocasiones rebasaba mi altura, me hacía tropezar y caer, pero también servía para esconderme de mis perseguidores.

Por el ruido descubrí que estaban tratando de situarse entre la selva y yo. Eso me obligaba a dar un rodeo, a correr aún más en un momento en que mis piernas parecían negarse a llevarme encima de ellas.

Atardecía, así que disminuí la velocidad de la marcha y procurando, únicamente, no ser vistió, me dirigí hacia la selva.

Alcancé los primeros árboles en media hora, después sólo tuve que izarme a uno de los gigantescos monstruos vegetales y escrudiñar el horizonte.

Mis enemigos, burlados por la vegetación, avanzaban derrotados hacia su vehículo y abandonaban mi persecución.

Yo ya estaba en la selva y sólo de pensarlo se me ponía la carne de gallina.

CAPÍTULO VII

Siempre me han hecho gracia esas películas de aventuras en que los cazadores avanzan por la selva sin preocuparse de otra cosa que no sea un leopardo que pueda caerles desde un árbol.

Una vez tuve que escribir un artículo para que una revista dedicada a los aficionados a las armas. Mi escrito se titulaba COMO SOBREVIVIR EN LA JUNGLA. Si me permiten les haré un resumen:

> *Comenzaba diciendo que caminar por la jungla no es un juego: ha de irse muy bien preparado: brújula, pastillas para desinfectar el agua, ropa de algodón a ser posible…*
>
> *Si ha de hacerse un recorrido largo en varias etapas, es muy conveniente saber dosificar sus fuerzas, y dejar las necesarias para, al detenerse por la noche, poder hacer un refugio cómodo y seguro. El descanso y el sueño son los mejores aliados. Lo mejor es dormir sobre una hamaca algo elevada del suelo. También llegan algunos insectos, pero muchos menos que si se duerme directamente sobre la superficie.*
>
> *Conviene ir preparado con la ropa adecuada: pantalones largos y camisa con mangas, ambos de algodón y muy holgados. Lo primero para que, si pica alguna serpiente venenosa, no encuentre directamente la pierna del paseante. Lo segundo para evitarse arañazos y cortes.*
>
> *Al atardecer conviene poner la ropa a secar, para protegerse mejor del frío de la noche. Y, una vez quitada,*

lavarla, ya que la ropa sucia se pudre, por lo que es muy prudente lavarlo todo con mucha frecuencia. Para secarla hay que colgarla, para evitar que entren insectos u hormigas. Y, aunque esté colgada, no está de más darle un vistazo antes de ponérsela. Para que no se pudra el cuero de los zapatos o botas es conveniente untarlos con sebo.

Siempre se está expuesto a la depresión, a perderse, a la falta de confianza en las propias fuerzas…

Hay que tener mucho cuidado con las heridas. Debido a la humedad y al calor, tardan en cicatrizar y se infectan con mucha facilidad. Es conveniente darles polvos secadores (cicatrizantes) y vendarlas.

El calor es otro gran enemigo, pues produce: agotamiento, calambres, deshidratación…

La noche en la selva es espeluznante. Si de día la luz casi no llega al suelo, de noche la oscuridad es impenetrable y no se ven ni las estrellas. También el silencio quebrado por ruidos concretos: el crujir de una rama, un chirrido lejano…

Conviene tener un arma siempre cerca, bajo la hamaca y que pueda ser alcanzada por la mano derecha desde la posición en que se duerme.

El calor y la humedad también quitan las ganas de comer.

Esto último era lo único positivo. Si no tenía hambre… mejor que mejor, ya que no tenía comida.

¿Es necesario que «les explique» cómo pasé una semana dentro de la selva, sin brújula, sin ropa de algodón, sin pastillas para el agua, sin machete, sin cuerda para confeccionar una hamaca, sin muda limpia de ropa…?

Comí «Mono a las finas hierbas», «Churrasco de boa», «Ensalada de crudités», «Fruta variada del día», «Steak-tartar de gacela»… y un sinfín de cosas que les ahorro, para no estropearles la cena, de explicar.

Cuando, siete días después salí de la selva por el otro extremo al

que había entrado, parecía otra persona: había adelgazado un montón de kilos y tenía el rostro completamente demacrado, la barba se asemejaba a una selva aún más enmarañada que la que acababa de dejar tras de mí, la ropa había quedado reducida a cuatro harapos que a duras penas ocultaban lo más indispensable para el pudor…

Si me hubiera encontrado Robinsón Crusoé en semejante estado me hubiera dado una limosna.

Durante aquellos siete interminables días, sólo es tuve pendiente de una cosa: impedir que aquellas tres ampollas de líquido tóxico se rompieran.

Fue una casualidad que un camionero holandés me llevara en su potente vehículo hasta la capital. Fue una casualidad que tuviera mi misma talla…

No fue casualidad que yo lo dejara atado y amordazado en paños menores, que utilizara sus útiles de aseo y que, para colmo, le «retirara» varios billetes de la cartera, sólo los necesarios para desayunar. Es decir, los que tenía aquel pobre diablo. Claro que tomé nota de su dirección para devolvérselos algún día.

Vestido de una forma mínimamente civilizada, me dirigí al Ministerio de Sanidad. Sólo me detuve unos instantes en una de las escasas cafeterías del centro de la ciudad, para tomar un desayuno como debe de ser: Café negro, *croissants*, mantequilla, mermelada y el periódico del día.

¡Y vaya periódico!

En primera página una foto de Indiana James luciendo una de sus mejores sonrisas.

El texto helaba la sonrisa:

> SIGUE LA BUSQUEDA DEL PELIGROSO TERRORISTA QUE HA EXTERMINADO LA POBLACION DE ASABORA Y SU COMARCA.
>
> Según han informado portavoces autorizados del Ministerio de Sanidad, ya ha sido localizados el virus que ha acabado con el 90% de la población de la zona de Asabora. Una multinacional competidora de la FUTURE MINERAL CORPORATION, ha enviado al conocido aventurero Indiana James para realizar el criminal acto

y culpar a la
F. M. C.
que, como es bien sabido, está realizando prospecciones mineralógicas en la zona.

A continuación publicaban otra foto en la que se veía al ilustrísimo Señor Don Nicolás
N'dongo
estrechando la mano del Ingeniero jefe de la
F. M. C.
en Tambia, así como el Dr. Robin Turner.

Se informaba de que la conspiración había sido descubierta por el mismísimo Sr. Ministro, de que el malvado Indiana había contado con la colaboración de una médico que se había suicidado (ingiriendo su propia pócima) al ser descubierta…

La FUTURE MINERAL CORPORATION, en agradecimiento, había decidido donar dos millones de dólares al Ministerio de Sanidad…

No estaba seguro de si mi «amigo» Nicolás sabría la verdad, o estaría engañado por los mineros.

Pero si sabía que dos millones de dólares valdrían más que mi palabra.

Así que pagué mi consumición y me dirigí, caminando, hacia el aeropuerto.

La zona de carga y descarga de mercancías suele estar bastante menos concurrida que la de pasajeros. Y siempre es menos cómoda. Aunque en este caso, era difícil superar las deficiencias de la zona de pasajeros.

Pero, en contrapartida, su bar suele ser el mejor surtido de toda la nación. No en vano los camareros proporcionaban todo tipo de «distracciones» a los pilotos, a cambio de tabaco rubio, botellas de *whisky*, transistores, relojes, aparatos de vídeo, *champagne*, coñac francés, cocaína… y todo objeto susceptible de ser pasado de contrabando.

También allí es donde puede conseguirse un pasaje barato para un sitio cualquiera del mundo, con la única condición de tener algún conocimiento de navegación aérea. Sólo es cuestión de elegir la persona adecuada de las que se encuentran en la barra del bar.

Y yo seleccioné a un piloto de unos cuarenta años que estaba

descabezando un sueño sobre sus brazos cruzados. Tenía pelo canoso, llevaba barba de varios días y vestía con *jeans*, camisa a cuadros y una cazadora de cuero sucia y arrugada. Era delgado y con profundas arrugas. Y tenía un notable parecido con Lee Marvin el actor de «La Leyenda de La Ciudad Sin Nombre», «Doce del Patíbulo», «A quemarropa» y tantas otras.

Me senté a su lado, pedí un *whisky* con hielo y esperé a que despertara mi «*tour* operator» particular.

Lo hizo cuando ya había tomado mi tercer *whisky* y no me quedaba ni un solo centavo para el cuarto. Bostezó, se desperezó y, si no lo sujeto, se cae del taburete. Estaba borracho como una cuba.

—¿Cómo te llamas, chico? —Me preguntó sujetándose a mi hombro.

Se lo dije y ni se inmutó. ¡Había hecho una buena elección!

—Yo me llamo Jim Tonic. —Añadió él—. Y te debo la vida. Caer en picado desde un taburete, sin paracaídas, es lo peor que te puede pasar.

—Necesito salir del país. —Dije apresuradamente al ver entrar a un par de policías pidiendo documentación a los presentes.

—YO también. —Me dijo en tono confidencial—. Dentro de tres horas tengo que estar en Argel y debería de haber despegado…, hace un montón de tiempo.

—¿Qué avión llevas? Yo sé pilotar unos cuantos y puedo ayudarte…

—¿Como sé que eres piloto?

—¿Recuerdas mi nombre?

—Creo que has dicho… Tarzán… No, no era eso… ¡Johnny Hazzard…! No tampoco… ¡Ah!… ¡Indiana James!

—Exacto, estoy seguro de que hace algunos años, tú brindaste a mi salud. Lo hicieron todos los borrachos voladores de los cinco continentes. Yo soy el piloto que aterrizó con un Britten Norman 2A Trislander en el Boulevard de la Croisette en Cannes…[2]

Su rostro se iluminó al oír aquello. Me abrazó con lágrimas en los ojos.

—¡Muchacho!

La partida estaba ganada.

—Pero… ¡Un momento! Yo no soy una entidad caritativa… ¿Tienes dinero para pagar el viaje?

—Ni un dólar.

—Tendrás algo… ¡Un anillo, una medalla!

—Nada. —Dije mientras miraba sobre mis hombros para vigilar a los policías que cada vez estaban más cerca.

—¿Reloj? —Insistió Jim Tonic.

—Se lo regalé a un niño moribundo.

Se quedó unos instantes pensativo, y añadió:

—¡Un cigarrillo!

Asentí con la cabeza. No me quedaba ni un solo paquete. Me levanté de mi taburete y me acerqué a una mesa en la que dos pilotos negros esperaban subir a su avión.

—Paisa… —Dije con ironía—. ¿Un cigarrillo?

Se rieron de mí, pero me lo dieron.

Yo se lo pasé a Jim Tonic.

—Acabas de pagar tu billete. —Me dijo con satisfacción. Y añadió apuntándome con el dedo—. A mi no me gusta cambiar las cosas de balde.

Una persona que salva a otra a cambio de un cigarrillo, es alguien que me cae bien, alguien en el que se puede confiar.

—Ahora no te lo puedo explicar… —Comencé a decir—. Pero necesito salir de aquí ur-gen-te-men-te. ¿Mensaje recibido?

Dejó dos billetes de diez dólares sobre el mostrador, me tomo del brazo y me condujo hacia la puerta que daba a los hangares.

Los policías estaban a cinco metros de donde nos hallábamos. Uno de ellos cogió uno de los billetes y sonrió a Jim, mientras salíamos por la puerta.

Ahora me quedaba lo más fácil: llevar un avión hasta Argel.

O, por lo menos, eso creía yo, hasta que vi el avión.

CAPÍTULO VIII

No sé si él me hizo el favor a mí, o si fue al revés.

Nada más salir del alcance de los policías, se derrumbó. Y tuve que llevarlo sujetándolo por los hombros.

Cuando llegamos al hangar había varios aviones comerciales aparcados, esperando a su piloto, con las bodegas llenas de carga.

—¿Cuál es el nuestro? —Pregunté.

—El peor. —Respondió sin abrir los ojos.

Con miedo di un repaso a los varios aviones que allí había. El peor, con mucho, era un Douglas
DC-3:
se trata de un avión bimotor que, bajo el nombre de *Dakota*, fue utilizado por los aliados para el transporte de hombres y material durante la segunda Guerra Mundial. Podía llevar 32 pasajeros, y es el avión de que se han construido más ejemplares en toda la historia de la aviación. Muchos de ellos, con más de
80 000
horas de vuelo siguen surcando los aires de nuestro planeta, pero ninguno como éste.

No me cabía ninguna duda de que había participado en un buen número de combates, también estaba seguro de que había sido derribado en varias de sus misiones, ametrallado, torpedeado, cañoneado…

Jim Tonic debía de haberlo salvado del desguace en el último minuto.

Su única ventaja era que yo sabía pilotarlo.

De no haber sido por las ganas que tenía de poner la mano encima de los propietarios de los laboratorios HORTST LANDGRAVE GmbH, hubiera renunciado a subir en él, y me habría entregado a

las autoridades locales.
Pero quería salir de Tambia a toda costa. Así que ayudé a Jim a «trepar» hasta la cabina de Mandos, lo até al asiento del copiloto y lo dejé durmiendo mientras yo me ponía en contacto con la Torre de Control y solicitaba permiso para despegar.
Cuando me lo concedieron, puse en marcha los motores y enfilé la pista central.
Por extraño que parezca, aquel aparato todavía tenía energías para elevarse y mantenerse en vuelo. Y es que, a pesar de todo, hoy no se fabrican las cosas como antes.
Volar sobre la sabana africana y sobre el desierto de Sáhara en un aparato como aquél, no es un juego de niños. En primer lugar hay que hacerlo a más de 3000 pies de altura para que los motores tengan suficiente oxígeno para su combustión. El Suelo desprende un calor inaguantable y crea turbulencias de viento que te zarandean en una y otra dirección.
He leído cantidad de novelas en las que el capitán «pone el piloto automático mientras se toma un *whisky*…». ¡Je! Aquí, el «piloto automático» se hubiera muerto de un «infarto a los circuitos».
Si alguien desea seguir una cura de adelgazamiento, le sugiero que haga el vuelo que yo realizó.
Diez Kilos en cinco horas, cuando tomamos tierra en Argel.
El chirrido de los neumáticos del tren de aterrizaje, coincidió con un sonoro bostezo del piloto titular del Dakota.
—¿Vas a intentar despegar tu solo? Aparta de los mandos: éste es un trabajo de expertos… ¡Déjame a mí! —Gruño con mirada aún vidriosa.
Frené el avión, abrí la ventanilla y señalando el exterior dije:
—Argel: parada y fonda.
Se despertó de golpe y se lanzó hacia su ventana.
—Pues… es verdad. ¿Cómo lo has hecho?
—Es muy fácil: sólo hay que saltar a lo alto, permanecer allí un rato y, finalmente, dejarse caer. Es lo que explican en todas las escuelas de pilotos, pero con mucha palabrería para darse importancia.
—Quedas contratado para mi compañía. —Dijo pomposamente —. Tú mismo fijarás tu sueldo. ¡Tú y yo juntos podremos hacer

grandes cosas!

—De momento tengo que ir a Ginebra para terminar un asunto contra unos laboratorios.

—¡Pero si no tienes ni un centavo! —Y sacando la cartera me tendió un fajo de billetes—. Creo que te lo has ganado.

—No sé cuándo ni dónde podré devolvértelos… —Dije a la vez que los cogía antes de que se arrepintiera.

—No te preocupes por eso. Cuando necesite dinero, te buscaré y te encontraré.

Salí directamente desde la zona de descarga hasta la terminal y pedí un billete para Ginebra. Tendría que ir primero a París y desde allí enlazar. El avión salía dentro de tres horas: las suficientes para descabezar un sueñecito.

Embarqué: dos horas de sueño dentro del avión, dos horas más en el aeropuerto de Orly, otra ruta a Ginebra… y con aquel «*puzzle*» de cabezadas llegué a Suiza convertido con el cuerpo sano y descansado.

HORST LANDGRAVE GmbH, tenía sus oficinas en el corazón de Ginebra, a las orillas del lago Leman. Su fábrica estaba a unos cuantos kilómetros de allí, en la rivera del Rhin.

Las personas que me interesaban se hallarían en las oficinas, pero no a esta hora de la noche. Así que fui a ver a un amigo abogado. No estaba en su despacho, pero le dejé dos ampollas, la caja y una pormenorizada historia en cuatro folios, a su secretaria. Después busqué un hotel y dormí soñando en mi venganza.

A primera hora del día siguiente me dirigí a las oficinas del laboratorio y solicité hablar con el Director-Gerente.

La cara de sorpresa de la chica, fue impagable: aguantó la sonrisa y preguntó:

—¿Tiene usted cita concertada?

—No.

—Dígame el motivo de su visita y su dirección y teléfono. Si se le concede la cita, nos pondremos en contacto con usted. De cualquier manera la cita no se efectuará antes de quince días.

—¿Tiene un papel? —Pregunté sonriendo con amabilidad.

Me tendió una hoja con el membrete de la firma.

Allí me limite a escribir:

TENGO TRES AMPOLLAS DE VIRUS
PRO-L
VII QUE HA CAUSADO VARIOS MILES DE MUERTOS EN TAMBIA. DENTRO DE DOS HORAS ESTOY CITADO CON EL CORRESPONSAL DEL «NEW YORK TIMES» Y HABLAR DEL ASUNTO. ASI QUE MI DIRECCION, DURANTE 120 MINUTOS, SERA ESTA; Y MI TELEFONO. EL DE SU SECRETARIA. GRACIAS.

Tendí la nota a la chica y me senté en uno de los cómodos sillones de cuero en espera de una respuesta. Ostentosamente me situé frente al reloj de pared, y me prometí a mi mismo comprar un reloj digital japonés, en cuanto que terminara mi negociación.

Media hora después la Recepcionista me llamó.

—Telefonean de New York. Una tal Zenna Davis[3] desea hablar con usted… —Le arrebaté el aparato antes de que terminará la frase.

—¿Indy? ¿Qué es de tu vida? Acabo de recibir una llamada de nuestro corresponsal en Suiza, a él le han llamado desde los Laboratorios-no-se-qué, para decirles que intentas chantajearles. Le sonaba tu nombre y me ha llamado antes de negar que tuviera cita contigo. ¿Es cierto lo de chantaje?

—No puedo hablar mucho… Ya sabes dónde estoy. Pero si fuera cierto, no te avisarían a ti: llamarían a la Policía.

—De acuerdo. Me fió. Diré a nuestro corresponsal que te siga la corriente y que confirme todo lo que tú digas. Por si no lo sabías, se llama Pierre Chevais… ¡Suerte! ¡Ah! ¡Si alguna vez te pasas por New York y me llamas para invitarme a cenar, no me enfadaré contigo! ¡CLICK!

Zenna es una persona impagable. Cantidad de veces que le he pedido dinero y le he prometido una apasionante historia para su periódico, no he podido contársela, y sin embargo, siempre está allí para sacarme de apuros.

Colgué el teléfono y me senté nuevamente frente al reloj.

Cinco minutos después, con una gigantesca sonrisa en los labios, la recepcionista me pidió que le siguiera hasta el despacho del señor Gerd Landgrave.

Un ascensor me llevó hasta la quinta planta, donde se hallaba el despacho del Director-Gerente de la firma: ocupaba toda la planta. Suelo y paredes estaban enmoquetadas de color crema pálido. Al fondo, se veía una mesa tras la que se hallaba sentado el señor Landgrave.

La única pared sólida estaba decorada con cuadros de Picasso, Van Gogh, Andy Warhol… Las otras tres eran cristaleras «Polaroid» desde la que se veía una impresionante vista del lago y sus alrededores.

Lamenté que no hubieran puesto un servicio de vespas para acercarse hasta el «titular de la finca». Pero, sin asustarme, emprendí la excursión. Todos los altos ejecutivos han aprendido estos trucos en los libros de Dale Carneggie: su silla debe de ser más alta que la de la visita, debe de haber un buen espacio entre la puerta y la mesa y el «intruso» ha de recorrerla a pie, ellos siempre han de estar con la ventana a sus espaldas… ¡Tonterías!

Llegué cansado frente a él, y me dejé caer sobre uno de los sillones. Ni me miró. Sobre su gran mesa de despacho sólo había un teléfono, un ordenador P. C., y una carpeta de piel con varios folios que estudiaba detenidamente.

Sin mirarme, me dijo que tomara asiento y que le perdonara unos instantes. Ya conozco el truco: empiezan diciendo que «no saben de qué quiero hablarles», que sea «breve», que «tengo muchos asuntos urgentes esperándome»…

Le perdoné durante cinco minutos. Ni uno más, después me levanté y me dirigí nuevamente hacia la puerta.

¡Ahora sí que levantó la vista!

—Pero… —Fue lo único que dijo.

—Lo siento. Soy un hombre muy ocupado y no tengo tiempo que perder. —Le dije anticipándome a las palabras que hubiera dirigido él.

Salió de detrás de la mesa y correteó en pos de mí, como si fuera un cachorrillo.

—Perdone. No sabía que…

—¿No sabía que tengo una cita con Pierre Chevais? Pues yo sí sé que usted lo sabe, y que si no fuera por eso, no me habría recibido. —Dije todo esto de un tirón, sin volver la cabeza y sin dejar de caminar hacia la salida.

La conversación se celebró en mitad de la «avenida» que iba desde la puerta hasta su mesa. Y tuve la satisfacción de descubrir que Gerd Landgrave era notablemente más bajo que yo y que tenía que mirar hacia arriba, para verme los ojos.

—Le voy a enumerar unas cuantas cosas que no es conveniente que diga usted. —Dije apuntándole amenazadoramente con el dedo —. Primero: No sé de qué virus me está hablando. Segundo: Yo no tengo nada que ver con ese virus. Tercero: Fue un error. Cuarto: Yo no sabía que iban a utilizarlo…

Me interrumpió, tomando la iniciativa:

—Entonces… ¿Qué debo de decir? ¿Prefiere que me suicide? ¿O que ponga una bomba en la empresa y la haga volar por los aires?

—Simplemente, cuénteme la historia.

—Es mucho menos morbosa de lo que usted se imagina: uno de nuestros miles de clientes, nos solicitó un tipo específico de plaguicida: el
P
RO-L
VII, un virus que, disuelto en agua, no afecta a las plantas, pero que cala en la tierra, exterminando topos y otras plagas del campo. Carece de efectos secundarios, y no es incorporado a la planta, perdiendo su eficacia mortal en una semana. Si ese virus ha sido usado con otros fines, no es asunto de mi incumbencia. Ya he sido informado, por un «Confidential Press Service», de lo sucedido en Tambia, y lo lamento profundamente, pero cualquier reclamación que deba hacer tendrá que dirigirse a la FUTURE MINERAL CORPORATION.

—¿Pretende lavarse las manos en esta historia? —Grité intentando tomar nuevamente la iniciativa.

—Escúcheme caballero. Si se rompen los frenos de un Opel, o de un BMW, la casa fabricante «puede» ser culpable. Pero si un borracho se pone al volante de un Opel o de un BMW y arrolla a un colegio de niños, a nadie se le ocurrirá demandar a la casa fabricante. ¿Me comprende?

Claro que lo comprendía: había hecho un viaje de miles de kilómetros para terminar diciendo «Si señor. Tiene usted razón».

Salí a la calle convertido en un guiñapo humano.

CAPÍTULO IX

Mis pasos me llevaron directamente al despacho de mi amigo abogado, el tipo al que había dejado las ampollas.

Cuando me vio entrar saltó de la mesa y me abrazó.

—Indy, viejo zorro. ¿Qué es esto que me cuentas en tu carta?

Le amplié un poco la historia, y le conté el desenlace final, la entrevista con Landgrave.

Me escuchó pacientemente y, al finalizar mi charla, juntó las manos y con aire profesional dijo:

—Creo que podríamos hacer algo. En primer lugar denunciar a la FUTURE MINERAL CORPORATION: hay que impedir que sigan haciendo estas cosas. Segundo, denunciar a los laboratorios.

—Creo que eso sería estéril. Ya me han dicho que…

—Espera un momento. Todo lo que me has contado no es un simple accidente de coche: casi podría hablarse de genocidio. Una denuncia contra el laboratorio no prosperaría, pero daría publicidad a nuestra historia. Además, si no conseguíamos que se condenase a la compañía minera, podríamos recurrir al Tribunal de La Haya y…

¿Qué posibilidades tenemos de lograr algo positivo?

Quedó pensativo unos momentos.

—Más bien pocas. Seguro que el gobierno de Tambia ha sido sobornado por los mineros. Será muy difícil de demostrar todo lo que ha sucedido, para cuando tengamos todos los datos, la Compañía minera ya habrá desaparecido… ¿Cuál es su sede social?

—No lo sé.

Se volvió hacia su ordenador y comenzó a teclear órdenes, hablaba mientras aparecían listados en la pantalla.

—Estoy consultando el Vademecun de los países del mercado Común: No es de Holanda, ni de Francia, ni de Bélgica, no de

Alemania Federal… ¡No sale por ninguna parte!… ¿Estás seguro de que ése es su auténtico nombre?

—Si…

—Buscarla va a ser muy largo… Tendremos que computar los USA, Taiwán, Corea,
Hong-Kong…
¿Quieres que lo haga?

—¡Sí!

—Ya te he dicho que son muy pocas las posibilidades legales de…

—No estoy pensando en la legalidad. —Repliqué.

Todo el desánimo que se me había venido encima al hablar con Gerd Landgrave se esfumó. ¡Estaba dispuesto a acabar con aquella gente sin escrúpulos!

Ellos sí que son autenticas Peste.

Pero no peste neumónica, ni bubónica… ¡Peste dolárica! Avidez de riqueza, de amasar yates, fincas, acciones, dinero… ¡Pasta!

¡¡¡MALDITA PASTA!!!

¡¡¡PESTE DE PASTA!!!

Cuando los localizara les pondría bombas, prendería fuego a sus lujosas mansiones, envenenaría su caviar…

Pasé toda la mañana con el abogado, buceando a través de su ordenador en todos los Bancos de datos a los que tenía acceso.

Sólo paramos para bajar a comer un bocadillo y seguir trabajando.

A las doce de la noche, mi amigo estaba muy cansado. Desconectó el ordenador mientras se frotaba los ojos.

—Va a ser más largo de lo que me imaginaba… Y, esta noche no puedo más. Tengo los ojos cansados de mirar la pantalla y sería incapaz de leer una sola línea más y enterarme de su contenido. Ni siquiera voy a cenar, ni a conducir… me quedaré a dormir aquí.

—Mañana, sigue buscando y pásame la factura. Te llamaré para saber lo que has averiguado.

Recogí las ampollas, dejé la incómoda caja metálica como recuerdo y salí a la calle mientras mi amigo se disponía dormir en el sofá.

Era noche cerrada. Los suizos se recogen en sus casas a las seis de la tarde, así que las calles presentaban un aspecto parecido a las

de Asabora: desiertas, pero sin muertos. Decidí pasear hasta mi hotel. Yo también estaba cansado y necesitaba un poco de aire fresco. Cenaría algo en el *Snack* del Hotel y me acostaría.

El paseo fue serenando mi ánimo, calmándome las ideas alocadas, imponiendo un poco de cordura en mi sangriento estado de ánimo.

¡¡¡SSHHRRRIIIII!!!

El ruido de los neumáticos de un coche derrapando a toda velocidad, distrajo mi atención.

Me giré para ver lo que sucedía…

¡… Para ver como un potente *Volvo* se lanzaba sobre mí!

Sin ningún tipo de respeto hacia las reglas de conducción, subió a la acera y me apuntó, con su morro, igual que un misil térmico, busca a las cosas por su temperatura.

Me lancé a un parterre de césped, y rodé sobre mi cuerpo, para apartarme de la acometida del coche.

Como un perro de presa, giró en redondo y salto sobre el parterre.

Me levanté de un salto y comencé a correr.

Nadie circulaba por allí. Podía quedarme afónico pidiendo socorro, y nadie escucharía mi súplica.

Si quería salvar mi vida, tenía que hacerlo yo mismo.

Y puse manos al trabajo.

La calle hacía un pequeño desvío para salvar una isleta de césped situada en medio. Los edificios que bordeaban la placita eran bloques de oficinas.

Corrí hacia una de las aceras. Se trataba de un bloque de despachos algunas de cuyas entradas tenían toldos que llegaban desde el portal hasta la calzada.

De un salto me encaramé a uno de ellos.

El *Volvo* venía tras de mí como un toro persiguiendo al torero.

Vi como el conductor enfilaba los dos soportes delanteros.

Si los derribaba, el toldo se vendría abajo y yo podía quedar lo bastante contusionado como para no responder con rapidez.

Intenté agarrarme a la barandilla de la ventana del primer piso.

No la alcancé pero mis dedos se aferraron a una maceta.

¡Solamente a una maceta!

La cogí con furia, pensé en David y Goliath y la arrojé contra el

parabrisas del coche.

¡¡¡CRASHHHH!!! Sonó el cristal.

¡¡¡CLANCKKK!!! ¡¡¡SSHHGG!!! Respondieron los palos metálicos al romperse, y el toldo al desgarrarse.

—¡¡¡AGGGHHH!!! —Grité yo al golpearme contra el suelo.

El coche se alejó haciendo eses.

—Indy… ¡ya son tuyos! —Me dije dándome ánimos.

Corrí como un desesperado, saltando los setos que delimitaban las dos direcciones de la calzada.

El coche, que no podía hacer lo mismo, tenía que dar media vuelta para salir de la placita en que se hallaba.

Llegué a un punto en el que, al igual que el banderillero y el toro, nuestros caminos se cruzaron.

El copiloto miró asustado como yo saltaba sobre el coche y me aferraba con las manos al marco vacío del parabrisas.

El chófer pareció volverse loco; frenazos, acelerones, derrapes, giros, zigzagueos…

Mientras tanto el que iba sentado a su lado intentaba que mis manos se soltaran de su presa, por el simple procedimiento de machacarme los nudillos con algún objeto contundente.

Grité de dolor, pero sin soltar mi presa.

El coche se lanzó a tumba abierta por una gran avenida por la que, afortunadamente, no circulaban vehículos en aquel momento.

Resistí sobre el techo del coche un minuto más, dos, tres…

Los golpes debían de estar partiéndome los huesos. Notaba las manos entumecidas.

El tipo de abajo estaba intentando separar mis dedos, obligarme a aflojar la presa.

Habíamos salido de Ginebra y circulábamos por una carretera bordeada por algunos chalets y villas de lujosa construcción.

El *Volvo* avanzaba al máximo de la potencia de su motor, que no era poca. Cada curva que tomábamos, yo sentía que iba a ser la última, que no podría aguantar más sobre el coche.

A nuestra derecha, desapareció el campo para dejar paso a un pequeño lago.

¡Mi mano izquierda se soltó! El coche aceleró aún más y comenzó a circular haciendo eses a una velocidad de vértigo.

Yo era zarandeado de un lado a otro del coche. Mi mano

derecha se veía obligada a soportar brutales torsiones, y cada vez que intentaba sujetarme con la izquierda, un rudo golpe impedía que mis dedos se cerraran sobre el filo salvador.

Poco a poco, noté como mis dedos aflojaban su presa. Primero el meñique, después el índice…

Pasábamos entre el lago y un edificio con aspecto de lujoso Hotel para jubilados. Yo comencé a gritar con todas mis fuerzas:

—¡¡¡Socorroooo!!!

Mi mano derecha, incapaz de aguantarme ni un segundo más, se desprendió.

Todos mis dedos arañaron el techo del coche en el último esfuerzo, en un imposible esfuerzo, por impedir que cayera.

Como si fuera una película a cámara lenta, resbalé sobre el coche.

Pero no era a cámara lenta.

Salí volando con la misma velocidad que una piedra sale disparada de la honda.

En un esfuerzo desesperado, me recogí, protegiendo mi pecho con las piernas, y cerrando los brazos sobre las rodillas.

Golpeé el suelo con la fuerza de una pelota de *baseball*.

Rodé sobre mi mismo mientras los golpes me aturdían.

Cuando me paré, permanecí unos minutos sin reaccionar.

Todo mi cuerpo era un puro dolor.

Lentamente fui aflojando las extremidades, e intentando ponerme en pié. Los codos, las rodillas, la espalda, las muñecas, los tobillos, las manos… Todo era dolor. Un dolor lacerante que casi me impedía respirar.

Me incorporé intentando pasar revista a los dolores y agruparlos en simples dolores y fracturas.

EL *Volvo* había frenado unos metros más allá. Lentamente, había dado marcha atrás y se acercaba hacia mí.

Tenía que salir corriendo, huir, escapar de aquellos asesinos que volvían para rematarme.

Pero no lo hice.

Me quedé paralizado recordando que todavía llevaba encima las ampollas tóxicas.

Si una de ellas, una sola, se había roto durante el zarandeo que había recibido…

… No merecía la pena que plantase cara a los tipos del *Volvo* … ¡¡¡YA ERA HOMBRE MUERTO!!!

CAPÍTULO X

De las puertas abiertas del *Volvo* salieron tres tipos, grandes como osos de las montañas. Vinieron a mí sin más armas que los puños, que ya eran bastante mortíferos.

Yo me olvidé de las ampollas y me concentré en lo verdaderamente importante: podía salir corriendo, o plantarles cara, o beberme el contenido de una de las ampollas, saltándome de esta manera los trámites intermedios.

¿Hace falta que les explique qué opté por plantarles cara?

Lo hice. Con un grito de satisfacción, me lancé de un salto sobre, el tipo que venía hacia mí.

Me frenó en seco, tomándome por la pechera, agitándome como si fuera un moco pegadizo, y lanzándome a varios metros.

Antes de que tocara suelo, otro de los «osos» metió su pie entre mis costillas.

El primero se dejó caer sobre mi espalda obligándome (esta vez sí), a tocar el suelo, aunque de un forma que no le deseo a mi primer enemigo.

Varias luces de los chalets se encendieron.

—¡¡¡Gamberros!!! ¡¡¡Váyanse a gritar a otro sitio!!! —Chilló uno de ellos.

—O se callan, o llamaremos a la Policía. —Amenazó una mujer.

—¡¡¡Si, por favoooor…!!! —Repliqué yo.

Otro de los vecinos, menos parlanchín, pero más efectivo, dio rienda suelta a dos feroces Doberman que galoparon hacia nosotros con sus fauces abiertas.

Dolorido y casi sin un gramo de energía para continuar la pelea, utilicé mi última arma. La más terrorífica… ¡La definitiva!

Saqué las ampollas que, milagrosamente, estaban enteras, y

aprovechando que todos miraban a los perros las blandí ante ellos, igual que los sacerdotes amenazaban con un crucifijo a los poseídos por el demonio.

—¡Atrás! ¡Atrás, o moriremos todos entre atroces suplicios!

EL «Oso número 1» dio un despreocupado manotazo a las ampollas que soltándose de mi mano, volaron hacia el lago.

Oí un lejano ¡*Crack*! Cuando chocaron con la superficie del agua.

¡¡¡SE HABIAN ROTO!!!

También escuché un ¡¡¡BOOOMMM!!! En el momento en que un puño se estrelló contra mi rostro.

Me revolví contra el «oso» que acababa de propinarme el puñetazo. Uno de los Doberman, que venía volando hacia mí, falló la presa, cayó al suelo resbalando y, a falta de algo mejor, se aferró a la pantorrilla de uno de los «Osos».

En pocos segundos dos perros, tres «osos» y yo nos vimos envueltos en una pelea a tres bandas.

Fueron cientos de puñetazos, miles de patadas, millones de mordiscos en medio de un «todo contra todos y aquí vale todo».

Como siempre que se hace algo divertido, llegó la Policía y acabó con la fiesta: por primera vez, yo había conseguido sentarme a horcajadas sobre uno de los «osos» y estaba propinándole golpes a placer.

Me cogieron por los sobacos y me llevaron en volandas hasta uno de los vehículos. Allí me inmovilizaron entre dos fornidos policías de uniforme, y partimos del campo de batalla, entre un estruendo de sirenas.

La caravana la formaban tres coches normales y un furgón de gendarmes uniformados.

El ruido de las cuatro sirenas debió de despertar a todos los vecinos de la zona.

Yo me sentía muy feliz. Por fin en Comisaria tendría ocasión de informarles de todo lo sucedido. Esperaba que el castigo llegase hasta los más altos mandatarios de la HORST LANDGRAVE GmbH, de la FUTURE MINERAL CORPORATION, y de todas las malditas multinacionales.

Llegamos los primeros a Comisaria. El encargado de la operación había tenido buen cuidado en no mezclarme con los «osos».

Me bajaron y me llevaron a un cuarto que parecía más un

apartamento modesto, que un calabozo.

—Soy el Comisario Maigref. —Me dijo un policía cincuentón y grueso, de pelo canoso—. Y no admito ninguna broma sobre la coincidencia de apellidos.

—Le comprendo. Yo me llamo Indiana James, y me sucede lo mismo.

Me fulminó con la mirada. Comprendí que hubiera preferido que dijera que me llamaba John Smith.

—Cuénteme su versión de los hechos. —Dijo mientras cruzaba los dedos de las manos sobre su estómago y parecía disponerse a descabezar un sueño.

No dije aquello de «no hablaré si no es en presencia de mi abogado». Más bien hice todo lo contrario: empecé con mi incidente en el aeropuerto de Tambia, con la epidemia de Asabora, con Jim Tonic (al llegar a este punto, el Comisario Maigref abrió los ojos, y me escrutó con la mirada para saber si le estaba tomando el pelo) y terminé con las ampollas caídas en el lago y la llegada de la policía.

—Resumiendo: usted ha salvado al mundo de un desastre, pero no tiene pruebas para demostrarlo. Las ampollas se han perdido, la FUTURE MINERAL CORPORATION, parece ser que no existe… —Suspiró mirando al cielo—. Joven le sugiero que no siga hablando si no es en presencia de su abogado y de su psiquiatra.

Fue una brillante idea. Eran las cinco de la madrugada, calculé que mi amigo abogado ya habría dormido el primer sueño y que sería feliz de venir a sacarme del aprieto.

Descolgó el teléfono al primer timbrazo.

—¡¡Indy!! Haces bien en llamarme, tengo un montón de cosas que contarte. No podía dormirme y…

—Espera un momento. Estoy en Comisaría y necesito un abogado.

—¡Ya, ya! Pero eso puede esperar. He descubierto que… ¿Has dicho en Comisaría?

—Sí. Acusado de atacar a un rebaño de gánsteres.

—Voy para allí. Y de paso, te lo contaré todo. ¿Tienes las ampollas? ¡¡¡Vamos a montar un escándalo de órdago!!! ¡Espérame!

—Pensaba hacerlo… —repliqué con ironía—. Pero no tengo las ampollas, las perdí en el lago…

—Bourdois. —Completó Maigref a mis espaldas.

—… En el lago Bourdois. —Terminé la frase.

—Es igual, no te preocupes. Yo tengo la caja, y de algo servirá. ¡La que vamos a armar, chico!

Conozco a mi amigo hace varios años y sé que cuando entra en acción, es un auténtico tornado. Me lo imaginaba, diciendo que no servía nada de lo que yo hubiera declarado, si él no estaba delante. Casi podía ver como asustaba a Maigref, amenazándole por haber obligado a hablar sin asistencia letrada…

Tardó más de dos horas en llegar. Yo me había comido las uñas de la mano derecha hasta la altura del codo.

Y cuando llegó, en lugar de un ciclón parecía una suave brisa tropical: entró llamando suavemente con los nudillos en la puerta. Saludó cortésmente a Maigref, antes de dirigirme una mirada. Después de un furtivo guiño de ojo, se leyó completa mi declaración y dijo:

—Todo está en regla, has hecho bien en firmarlo. —Y tomando del brazo a Maigref, se lo llevó a una esquina de la habitación.

Cuchichearon durante varios minutos. Sólo alcance ver las miradas de estupor y pena del Comisario Maigref, y algunas palabras sueltas; malaria, delirios, fiebre, afán de notoriedad…

Se separó del Comisario y comenzó a hablar con gestos teatrales:

—Comprenda que lo único de que puede acusarle es de organizar un poco de escándalo en medio de la noche… ¡Casi puedo leer los titulares de la prensa!

> JOVEN AMERICANO MUERE DE FIEBRES AMARILLAS AL NO RECIBIR ASISTENCIA SANITARIA. EL COMISARIO MAIGREF LE RETUVO VARIAS HORAS EN COMISARIA, CON UN MOTIVO BANAL.

—No tan banal… ¡hay heridos! —Protestó el Comisario que se había puesto repentinamente pálido.

—¡No sea ingenuo! Usted conoce la prensa y sabe cómo le sacan punta morbosa a todas estas situaciones…

—Está bien… —Asintió el comisario tras unos segundos de mirar al techo—. Les dejaré en libertad a todos…

—Creo que no sería prudente, he visto que dos de los otros

detenidos llevaban señales de haber sido mordidos por perros… ¿Le dice algo la palabra «hidrofobia»? Es el nombre técnico de lo que el vulgo llama RABIA. Sería conveniente que los llevaran rápidamente a un Hospital y que los pusieran en observación…

El Comisario Maigref no ganaba para sustos. Asintió velozmente, mientras salía del cuarto y comenzaba a organizar el traslado de los «osos» a un hospital cantonal.

MI amigo me tomó del brazo y me empujó hacia la salida.

—Pero… pero… ¿Así es como me defiendes? Yo creía que ibas a conseguir que… ¿Por qué no has traído la caja?

—Una sola palabra más, antes de que lleguemos al coche, y te hago limpiar la caja de las ampollas con la lengua. ¡Y haz el favor de tambalearte un poco, como si la fiebre te comiera las entrañas!

Callé y me puse a imitar a los borrachos.

Una vez en el coche, me aguanté las ganas de saltarle al cuello a mi amigo, y me limité a preguntarle:

—Ya sabes mi historia… ¿Puedo saber ya la tuya?

Mientras arrancaba, me señaló un periódico sobre el que yo me había sentado sin darme cuenta.

Lo desplegué. En primera página decía:

> LA FAUNA DEL LAGO BOURDOIS ELIMINADA POR UNA PODEROSA SUSTANCIA TOXICA. SE TEME QUE PUEDA SER UNA CATASTROFE SIMILAR A LA DEL RHIN. SI LA CONTAMINACION ALCANZA EL LAGO LEMAN…

—Pero… —Comencé a decir—. Las ampollas.

—Sigue leyendo sigue…

> UNA FUENTE DE TODA SOLVENCIA RELACIONA LA CONTAMINACION CON UN VIRUS FABRICADO POR LOS LABORATORIOS *HORST LANDGRAVE GmbH* Y CON UNA EPIDEMIA DESARROLLADA EN TAMBIA. CURIOSAMENTE ESTA EPIDEMIA SE HA PROVOCADO MIENTRAS LA MULTINACIONAL *FUTURE MINERAL CORPORATION*, TRABAJABA EN LA ZONA.

SE DA LA COINCIDENCIA DE QUE AMBAS EMPRESAS SON MAYORITARIAMENTE PROPIEDAD DE GERD LANDGRAVE…

—¡¡¡Esto es dinamita!!! —Exclamé.

—Si, Gerd Langrave lo tiene muy difícil. Además la policía retiene a uno de sus hombres que, cuando él sepa en el lió en que está metido, cantará de lleno… Anoche descubrí lo de Gerd, y esta mañana, mientras me aseaba, oí por la radio la catástrofe del lago, até cabos, me pasé por la redacción del periódico y… ¡Aquí están los resultados!

—Teníamos que habernos quedado en la Comisaría, controlando que nada escapara a la investigación de la policía, informando a la prensa de todos los detalles que yo conozco… ¿No comprendes que soy «el testigo clave» de toda la historia?

—Sí, pero también comprendo otra cosa… ¿Quién tiró las ampollas al lago?

—Yo, pero… ¿Insinúas qué…?

—No insinuó nada. Afirmo que, en el momento en que el Comisario lea el periódico, lanzará a todos sus hombres a la caza y captura de Indiana James. Estarías un montón de tiempo en la cárcel, a la espera de juicio y, con mucha mucha mucha suerte, te absolverían.

—¿Y con suerte normal?

—Quince años.

No contesté nada. Permanecí unos minutos callado. Por fin, rompí el silencio.

—¿A dónde me llevas?

—Al aeropuerto. Si todo va bien, te llamaré a declarar, pero de momento es mejor que salgas de Suiza. Aquí tienes dinero para el billete de avión y para los primeros gastos. Junto a él, hay una botella de *whisky*, unos paquetes de tabaco, una novela… Llámame cuando llegues a algún sitio, y dime cómo localizarte.

Habíamos llegado al aeropuerto.

—Baja rápido, seguro que los policías tienen el modelo del coche y el número de la matrícula de este vehículo. Cuanta menos gente te vea, será mejor.

Nos estrechamos las manos.

—Llámame. —Me dijo mientras arrancaba.

Cientos de veces me he encontrado en una ventanilla, dispuesto a comprar un pasaje para un lugar que todavía tengo que decidir. Es una sensación que me produce un hormigueo de placer…

Una mano de hierro se posó con fuerza en mi hombro.

¡La Policía!

—Te cogí —dijo el «pasma».

Me giré.

—¡Jim Tonic! —Grité alborozado.

—Te dije que si te necesitaba te encontraría.

—Si quieres que te devuelva el dinero, me coges en mal momento, estoy en un problema, necesitó salir de Suiza y…

—Sigues sin dinero, sin reloj… ¿Tienes un cigarrillo? Ya sabes que no me gusta hacer favores a costa de nada.

Me reí, le tendí los paquetes de tabaco, la botella de *whisky*…

… Y le seguí hasta su viejo avión *«Dakota»*.

Seguía dudando sobre lo que sería más seguro: entregarme a la policía suiza, o montar en el avión.

Pero no me costó ni una décima de segundo tomar la decisión.

—¿Dónde vamos? —Pregunté.

—No estoy muy seguro, tengo que mirar un mapa para saber en qué continente se halla esa maldita ciudad. Creo que han dicho que se llama…

Así empiezan los mejores viajes.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del
TBO,
se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] «High Noon». (Al mediodía) fue exhibida en España con el título de «Sólo ante el peligro». Nota del traductor. < <

[2] Ver DIENTE DE PERRO, número 2 de esta colección. <<

[3] Zenna Davis es un «pez gordo» del New York Times. Somos amigos desde hace mucho tiempo y la cantidad de dinero que le debo alcanza un volumen superior a la deuda de los países sud-americanos. Los lectores que me siguen desde las primeras aventuras la conocen sobradamente. <<